



CANCIÓN  
*de las Tierras Altas*

TANYA ANNE  
CROSBY

AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES Y DEL USA TODAY

## **Canción de las Tierras Altas**

**Tanya Anne Crosby**

**Traducido por Nieves Martín López**



## Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Recomendaciones para leer a Tanya Anne Crosby](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

“Canción de las Tierras Altas”

Escrito por Tanya Anne Crosby

Copyright © 2015 Tanya Anne Crosby

Todos los derechos reservados

Traducido por Nieves Martín López

Diseño de portada © 2015 Ravven



[Creado con Vellum](#)

*Para vosotros, mis lectores, que habéis acogido esta saga con todo vuestro corazón.*

## Recomendaciones para leer a Tanya Anne Crosby

–Los personajes de Crosby mantienen al lector enganchado...

*Publishers Weekly*

---

–Tanya Anne Crosby intenta que pasemos un buen rato y lo consigue con humor, una historia trepidante y romance en su justa medida.

*The Oakland Press*

---

–Un romance repleto de encanto, pasión e intriga.

*Affaire de coeur*

---

–Tanya Anne Crosby escribe un relato que te llega al alma y permanece para siempre en el corazón.

Sherrilyn Kenyon, la autora más vendida según el *New York Times*

---

–Para mí ha sido la reina de la ficción histórica durante más de dos décadas, ¡y aún consigue dejarme sin aliento y con ganas de más!

Barb Massabrook, lectora desde 1992

---

–Hay momentos en los que el corazón se te tensará de la fuerza... momentos en los que te retorcerás de la risa.

Leah Weller, lectora desde 1993



# Capítulo 1

## Las Tierras Altas de Escocia, 1125

Gavin Mac Brodie estaba seguro de que había algo raro en el *whiskey* de Seana. De alguna manera, esa mujer se las había ingeniado para engatusar al que Gavin pensaba que sería el último hombre de las Tierras Altas en casarse. En los veintisiete años que tenía su hermano, éste se había acostado con más mujeres de las que todo el clan de los Brodie sería capaz de contar, pero lo más increíble era el hecho que Colin se encontraba embriagado de felicidad con respecto al fin de su promiscuidad. Sus ojos seguían a su nueva esposa adondequiera que fuese, y se quedaba embelesado con su mero pensamiento, de una forma que Gavin encontraba hartamente embarazosa.

Menos mal que Gavin no era aficionado a la bebida, porque si hay algo seguro es que no necesitaba que una mujer que le tocara las narices. Dondequiera que mirara Gavin, había un nuevo noviazgo: el terrateniente MacKinnon con su nueva señora inglesa; el hermano de Gavin, Leith, con Alison MacLean; su hermana Megan y Piers de Montgomerie. Y ahora, Elizabeth, la prima de Montgomerie, y Broc Ceannfhionn (otro de esos tipos que Gavin pensaba que eran inmunes a las artimañas de las mujeres).

Al haber agotado su paciencia ante tanto embelesamiento, Gavin se vio obligado a buscar consuelo en el bosque que una vez fue el hogar de Seana y su padre. Su alambique aún seguía allí, a tiro de piedra, porque ella se había negado a moverlo, a pesar de la insistencia de su hermano. Seana sostenía que aquel lugar guardaba una magia especial, la necesaria para fermentar un buen licor, así que cada día iba a controlar el *whiskey*. No obstante, aquello a Gavin le daba igual; podía aguantar a Seana en su justa medida (incluso aunque pensara que su inclinación por lo místico era una sarta de necedades).

El muchacho ya había tenido suficientes cuentos populares para toda su vida. Al igual que Seana, su abuelita Fia adoraba las tradiciones. Ella también había vivido junto a la naturaleza, por lo que amaba el bosque y se llevaba de paseo a la hermana de Gavin, Meggie, en cuanto tenía la menor oportunidad.

Juntas habían elaborado brebajes de filipéndula, sanguinaria y brezo, y en ocasiones, cuando él o sus hermanos enfermaban, se los habían metido por el gaznate a la fuerza. Todo aquello era muy bonito, pero por lo que a Gavin respectaba, cosas como el fuego fatuo no eran más que simples bichos del bosque. Las hadas eran poco más que leyendas y las *banshees* eran tan solo cuentos que las ancianas relataban para que los más pequeños se comportaran.

En verdad, todas aquellas mujeres y sus historias bastaban para llevar a un hombre a la bebida. Sin embargo, recurrir al brebaje de bruja de Seana no haría que la casa de Gavin se construyese más deprisa. Además, estaba absolutamente decidido a alejarse de los tortolitos, aunque tuviera que partirse el lomo en su labor.

Cuando la casa estuviese terminada, seguro que nadie podría impedir que se marchara, pero no podía arriesgarse a que lo intentaran. Gavin no quería continuar viviendo con sus hermanos, y desde luego no deseaba escuchar los sonidos que emitían las parejas haciendo el amor, ahí, resonando en las paredes de la habitación durante toda la noche. No había nada más perturbador que oírlos mientras él estaba acostado solo en su cama.

Ya era hora de construir su propio hogar, uno del que fuese el amo y señor, y lo iba a construir en ese mismo lugar.

Aquello era tierra de nadie: un campo abrupto a la sombra de Chreagach Mhor, la antigua hacienda del terrateniente MacKinnon. La tierra que yacía bajo el acantilado estaba salpicada de hitos, montículos de piedra escabrosos que se alzaban como orgullosos centinelas protegiendo el paisaje. Gavin había delimitado su finca con extremo cuidado para no perturbar las tumbas antiguas, pues independientemente de las creencias de un hombre, perturbar las almas de los difuntos nunca traía nada bueno.

Sin embargo, la zona estaba repleta de piedras, por lo que Gavin solo debía tener cuidado de no arrancar ni una sola de los montículos que las rodeaban. Ahora, tras haber trabajado durante semanas en su casa en los ratos que podía sacar, las paredes estaban terminadas, y pronto podría ponerles un tejado. Gavin se sentó sobre un tronco caído, resollando ligeramente, y contempló el potencial de su nueva vida. No sabía lo que andaba buscando, pero de algún modo intuía que lo encontraría aquí mismo.

Se sentó, buscando recuperar el aliento, y se puso a examinar las paredes y a inspeccionar su mortero, que llevaba ahí una semana, en busca de grietas.

Sí, sin duda sería un buen hogar (y no estaba alejado de ninguno de los clanes, en caso de que necesitara compañía). A lo lejos, el lago resplandecía como una gema azul brillante bajo los rayos de sol. Elevó la jarra que había a sus pies y echó un buen trago al agua del pozo que había traído consigo.

Aquel sería su siguiente paso, cavar su propio pozo, pero para ello emplearía la ayuda de sus hermanos y la de Piers, el esposo de su hermana, si es que este se viera dispuesto.

En su mente visionó un jardín, en el que plantaría coles, guisantes y berzas, así como cualquier grano que necesitara Seana, su nueva cuñada para elaborar el licor. Había hecho un trato con ella: Seana le había cedido la tierra en la que ella había vivido con su padre (que de todas maneras tampoco era suya). Aun así, Gavin creía que era bueno tratar con honradez a todos los seres vivos, y en el corazón de Seana, éste era su hogar. A cambio, Gavin cultivaría los granos que ella necesitaba para elaborar su licor y juntos proveerían a los clanes vecinos con un buen *whiskey*. Sí, era un plan buenísimo. Un plan verdaderamente bueno.

Le dio otro trago al agua de la jarra. El aroma a brezo le colmaba las fosas nasales. Las tardes eran templadas en las Tierras Altas en lo que llevaban de verano; el ambiente, dulce y calmado, pero conforme el estío fuese menguando, la noche traería consigo un helor penetrante. Cuando llegara el momento, necesitaría un gran acopio de mantas... y tenía a su perra Brownie para hacerle compañía, aunque ojalá fuese capaz de mantener a los malditos gatos a raya.

Gavin detectó otro par de ojos amarillos en las lindes del bosque; era el cuarto felino en ese día que lo agradecía con su presencia. Los árboles estaban repletos de ellos.

Su abuelita le hacía creer que eran las hadas personificadas, igual de volubles que ellas, pero lo único que veía era un hatajo de gatuchos agazapados bajo la sombra de los árboles.

Le goteaba sudor por los lados de la cara mientras calculaba la posición del sol en el cielo. No quedaba más que una hora o dos antes de que ese calor sofocante diera paso a una brisa refrescante. Si continuaba su labor, volvería a saltarse la cena, pero prefería trabajar a la luz del crepúsculo. Cuanto antes completara su habitáculo, antes podría disfrutar del bendito silencio.

Un felino anaranjado con manchas de colores captó su mirada; le sonrió (o eso le pareció a Gavin) y a continuación se alejó, raudo como una flecha.

Gavin se quedó allí quieto, tapándose la sien con el antebrazo y arrugando la cara ante el animal, cuando de repente, una ráfaga de viento le metió polvo en los ojos y aulló de sorpresa.

–¡Por todos los demonios! –maldijo; entonces tiró la jarra y se frotó los párpados cerrados con los nudillos.

–¡No ganarás nada bueno con esa sucia lengua! –declaró una voz femenina, no muy lejos de allí.

Gavin se quitó el polvo de los ojos apresuradamente y los abrió de nuevo. Divisó a la mujer plantada en el mismo lugar en el que había estado el gato manchado hacía solo un instante y pestañeó ante su visión. Se quedó mudo de golpe.

Gavin conocía de sobra a casi todo el mundo en aquellas tierras, pero nunca en su vida había visto a aquella muchacha. Cualquiera podría aventurar la procedencia de la chica, pero desde luego, no se parecía a nadie que él conociese. Era menuda, no le llegaba más allá del pecho y su pelo era pelo rojizo como el fuego, sus ojos verdes como las esmeraldas más puras. Y estaba pintada. Y desnuda. Lo de estar desnuda es lo que a Gavin le había hecho enmudecer.

La muchacha, que daba la impresión de que todo le diese igual, siguió paseándose, sin inmutarse siquiera por su falta de vestiduras. Se llevó las manos a aquellas exquisitas caderas, poniendo los brazos en jarras.

–¿Qué andas haciendo? –preguntó, como si tuviera derecho a saberlo.

Gavin entrecerró los ojos al mirarla, y a su vez puso los brazos en jarras, debido a la falta de costumbre de tener a mujeres desnudas y extrañas interrogándolo.

–¿Qué os da derecho a preguntar?

Ella le lanzó una mirada repleta de indignación, sosteniéndosela sin amedrentarse en ningún momento.

–¡El derecho de MacAlpin! –afirmó.

«Menuda lunática», pensó Gavin.

¿Quién iba por ahí metiéndose en los asuntos de los demás y mentando el nombre de los difuntos reyes? Gavin desvió la mirada, incapaz de mirar a la muchacha por encima de los hombros. A pesar de que tenía los pechos pintados con unas marcas azules preciosas, los llevaba al aire.

–¿Os halláis perdida, por un casual?

–No –contestó–, ¡pero a mí me parece que tú sí!

–Tonterías, muchacha, me conozco estas tierras como la palma de mi mano.

–No creo que sea para tanto.

Dio un suave pisotón en el suelo, lo que provocó que se le sacudieran los pechos ligeramente. Gavin se sorprendió observándolos de nuevo.

Ella se señaló los pechos pintados, aquel lugar al que Gavin intentaba no mirar con todas sus fuerzas.

–¡Hasta yo reconozco tierra sagrada cuando la veo! ¿No te dan miedo los espíritus invocados?

Ay, pobre de Gavin, que no podía pensar con claridad al estar ella allí plantada con ese aspecto y su cercanía lo estaba dejando atontado. La muchacha continuó mirándolo con el ceño fruncido, y Gavin no tenía idea de cuánto tiempo estuvo sin respirar hasta que se encontró en el suelo escupiendo polvo.

## Capítulo 2

Gavin se había desmayado.

«Como un marica sin sangre en las venas. ¿Qué dirían mis hermanos?»

Con un chillido de sorpresa, Gavin parpadeó ante el par de piernas esbeltas ancladas delante de su cara. Aturdido, siguió con la mirada la línea ágil de sus extremidades hasta la uve de su torso; entonces volvió a chillar y pasó rápidamente de mirar aquellos rizos encendidos a la cara que lo observaba con curiosidad incontenida. Tenía los brazos cruzados sobre aquellos hermosos pechos, lo que los mantenía ocultos por el momento.

–Nunca había visto que a un hombre le pasara eso –apuntó.

–Ay, yo tampoco –confesó Gavin–. ¡Debéis haberme embrujado, mujer!

Se incorporó y se quedó sentado mientras mascullaba blasfemias entre dientes, temeroso de volver a mirar hacia arriba por si tenía que volver a verle alguna parte del cuerpo.

–Bueno, entonces, te está bien empleado por despertar la ira de los difuntos– comentó la joven, colérica, al tiempo que daba golpecitos de irritación con el pie en el suelo–. ¿Acaso me acusas de brujería?

–¡Así es! –exclamó él con petulancia, como si tuviera la certeza de que en realidad, ella era una bruja, a pesar de que no creyese en la magia. Qué va, ese tipo de brujería era puramente femenino. De pronto se puso duro como las piedras que había utilizado para erigir su casa. Gavin cambió de postura para ocultar su erección de aquellos curiosos ojos y le echó otra mirada circunspecta a la chica.

Allí estaba la joven, en carne y hueso (sobre todo en carne), y con todo y con eso se parecía bastante a los fantasmas de sus ancestros. ¿Acaso Gavin la había convocado de alguna forma? Imposible. Aun así, estaba desconcertado. No creía en lo sobrenatural.

La joven se encorvó para examinarlo, y entonces él dio un brinco y se apartó, ya que la repentina cercanía lo pilló desprevenido. Dios, si necesitaba alguna prueba de que la sangre caliente recorría las venas de la chica, ahí la tenía, pues acababa de sentir el calor de su cuerpo intensamente.

–Ay, mujer, ¿es que no albergáis vergüenza alguna?

–¿Vergüenza? –preguntó, perpleja, al tiempo que frunció el ceño hasta que se le juntaron las cejas.

Gavin hizo un floreo con la mano para señalar el cuerpo desnudo de la chica.

–¡No lleváis puesta ni una dichosa prenda! –exclamó, apuntando lo que cualquiera con un par de ojos sanos vería de forma evidente.

–Pues no –le concedió. Daba la impresión que estaba confundida por completo por la observación del chico. Arqueó sus delicadas cejas y añadió:–  
¿Acaso te perturba?

Sin siquiera pararse a pensar en ello, Gavin se quitó la túnica, desesperado por verla con algo de ropa.

–¡Pues sí! ¡Sí que me perturba! –confesó. Entonces, tiró la prenda a los pies de la joven–. ¡Por el amor de Dios, ponéosla!

Como gesto de cortesía, Gavin apartó la mirada para darle algo de intimidad mientras se vestía. Como si no hubiera visto ya casi todos los rincones de ese exquisito cuerpo... A pesar de que había clavado la vista en sus pies, el muchacho vio por el rabillo del ojo que ella se encogió de hombros y se agachó a coger la túnica verde.

–Muy bien –dijo, accediendo a su petición.

–¿Dónde están vuestras ropas?

–¿Y a ti qué te importa? –respondió mientras levantaba los brazos para ponerse la túnica por encima de la cabeza.

La mirada de Gavin se posó de nuevo en sus pechos hinchados sin poder evitarlo, mientras se contoneaba al ponerse aquella túnica de estilo inglés que con mucha probabilidad aún conservaría el calor de él. Las caderas menudas de la chica se menearon al colocarse bien la túnica sobre su cuerpo curvilíneo... Menuda cintura más fina y perfecta tenía... Y aquellas caderas estaban hechas para alumbrar niños bien hermosos.

Tragó saliva con dificultad; volvía a sentirse mareado. «¿Ay, Dios, qué me está pasando? ¿Acaso soy igual que el perverso de mi padre?»

Ahora que Colin estaba debidamente casado, parecía que la maldición de su padre había afectado a Gavin. Sentía un repentino anhelo salvaje por el cuerpo de la chica, como si fuera una droga.

Gavin se recordó que debía respirar.

–Ya estoy vestida –anunció ella.

Como si no lo supiera. A pesar de las buenas intenciones del joven, se había fijado en cada movimiento que ella había hecho.

—¿De dónde sois, muchacha? —le preguntó.

Ella le ofreció una astuta sonrisa, y sus ojos parecían un poco más verdes en contraste con el verde de la túnica. Los ojos de Gavin eran verdes a su vez, pero no tan brillantes como los de ella.

—De por aquí —contestó—. Mi gente es de por aquí.

Gavin frunció el ceño ante aquella respuesta tan críptica.

¿Acaso era pobre y se avergonzaba de sus circunstancias? Seana había sobrevivido a la intemperie en aquellos bosques prácticamente sola durante la mayor parte de su vida, sin haber pedido ayuda ni una sola vez. Había cuidado de su padre enfermo sin que nadie tuviera constancia.

—¿Y qué hay de vuestro padre? —le preguntó Gavin, mientras ella se alisaba la túnica a la altura de esas hermosas caderas y levantaba el dobladillo para admirar el bordado que le había cosido la hermana del joven por encima. Si alzaba un poco más la vista, Gavin entrevería de nuevo sus rizos del color del fuego.

—No conozco a mi padre —admitió la joven, sin dejar de escudriñar la intrincada labor.

—¿Y vuestra abuela?

Ella negó con la cabeza mientras lo observaba con detenimiento. Apenas parecía molesta por su revelación.

Gavin la observaba de hito en hito, incluso más que ella a él. «Por las sandalias de Cristo, ¡todos tenemos un padre y una madre!» ¿Qué pretendía que creyera? ¿Que simplemente se había materializado en el bosque?

—¿Y qué hay de otros parientes? ¿Tenéis hermanos, hermanas, primos...?—

Esta vez ella asintió.

—¡Oh, sí! Unos cuantos —confesó, sonriendo de una forma encantadora—. Aunque por otro lado, ¿no somos todos hermanos en cierto modo?

Gavin sacudió la cabeza en señal de profunda repulsa ante la idea. Por Dios, los pensamientos que le horadaban el cerebro en aquel momento ni siquiera se acercaban a algo familiar —al menos no el tipo de pensamientos que tendría un hermano sobre su hermana para entretenerse— y desde luego, ninguna posibilidad que él hubiera contemplado jamás con respecto a su apreciada hermana Meggie.



Las sombras del bosque se alargaban a la luz del crepúsculo, cada vez más intensa, y con ellas, el número de ambarinos ojos felinos titilantes. Sobre ellos, el cielo se tornaba del color de un melocotón maduro y el prado se tintaba de lavanda y de brezo en flor. Una bandada de mirlos se dispersaron desde los árboles y el viento soplaba con suavidad, alborotándole el cabello a la chica.

Gavin resistió el deseo de persignarse mientras la miraba fijamente a la cara. A la luz del atardecer, su piel era tan pura que parecía casi translúcida. Sus ojos verdes parecían encendidos por un brillo interior. Su cabello se movía con la gracilidad de una llama... Gavin se percató de que todo aquello era producto de su imaginación, pues ella se encontraba ante él, y era evidente que en carne y hueso. El joven suspiró.

–No os puedo ayudar si no me dejáis hacerlo –razonó.

Una cauta sonrisa surcó la mirada de la joven pelirroja, como si supiera exactamente lo que él estaba pensando, y en verdad aquello no tenía nada que ver con ayudarla a encontrar el camino de vuelta a casa.

–No todas las mujeres son doncellas en apuros –le explicó–. Sé cuidarme sola bastante bien, pero gracias.

Por lo que parecía, no lo suficientemente bien como para conocer el paradero de sus prendas, pensó Gavin, pero se mordió la lengua. En realidad, no había nada en esa mujer que indicara que estuviera en apuros; si acaso, ¡era ella la que le estaba metiendo en apuros a él!

Tras ella, los árboles parecían agitarse y el bosque comenzaba a brillar. Tan solo eran bichos, se recordó Gavin. Ni el ambiente ni aquella mujer tenían nada de mágico. Solo era una muchacha normal y corriente... con unos ojos despampanantes del color de la esmeralda, que parecían penetrarle el alma con su curiosidad. Y que había venido hacia él sin una maldita prenda puesta y no parecía importarle.

En algún lugar muy lejos de allí sonó un cuerno de caza y la mujer se puso en tensión: giró la cabeza con la cautela de una cierva para poder escuchar con más atención. ¿Era imaginación de Gavin o las orejas de la chica tenían el mismo aspecto que las orejas de un elfo? Tan pequeñas y delicadas... Bah, pero si los elfos y las hadas no existían, e incluso aunque así fuera, quién sabe qué forma tendrían sus orejas.

Todo lo que había oído sobre seres como las hadas, duendecillos como los *brownies* o espíritus como las *banshees* se lo había oído a su abuelita Fia,

y no había nada que demostrara aquellas historias.

Otro toque de cuerno, esta vez más cercano, y la chica adquirió una expresión de llena de miedo.

–¡Ay! ¡He de marcharme! –anunció, y antes de que él pudiera retenerla, salió despedida hacia el santuario del bosque, moviendo las piernas a la velocidad de la luz y con la gracilidad de un venado. Al llegar a las lindes del bosque, se giró y se despidió de Gavin con la mano–. Te agradezco gentilmente el detalle del vestido, es precioso –exclamó desde lejos–. ¡Que tu apestosa chimenea dure muchos años en pie! –añadió, bendiciendo la casa que estaba construyendo Gavin. Entonces, se desvaneció sin siquiera haberle mencionado su nombre.

Gavin advirtió que todos los gatos parecían haberse ido con ella. Qué curioso, de repente no se veía ni uno, pese a que habían estado merodeando por allí durante todo el día.

Gavin se quedó ahí, rascándose la cabeza durante largo rato y mirando fijamente al lugar por el que ella había aparecido y por el que también se había esfumado.

Qué chica más boba, ¿acaso no reconocía una túnica inglesa al verla? No era costumbre de Gavin andar por ahí llevando puestos vestidos de mujer, como ella había dicho.

No había conocido a una muchacha extranjera en toda su vida.

Sin embargo, ella se había ido y él no tenía ya más ganas de trabajar. Ya era hora de olvidarse de las mujeres, las hadas y los gatos, se dijo para sus adentros. Quizá, si se apresuraba, podría llegar a casa a tiempo para cenar con la familia.

Había recorrido ya la mitad del camino cuando se dio cuenta de que iba semidesnudo y que se había dejado en el bosque la jarra, el hacha y la daga que su padre le había regalado.

Gavin arrugó la frente, pues pensaba que la chica lo había convertido en un hombre bobo y blando. Lo mejor sería que se guardara lo de aquel encuentro para sus adentros, pues pensarían, como mínimo, que se había enganchado al *whiskie* de Seana.

Ya en casa, Gavin oyó a todos reunidos en el salón para cenar, así que aprovechó la oportunidad para escabullirse de vuelta a sus aposentos y coger otra túnica antes de que alguien lo viera por ahí medio desnudo.

Por fortuna, su hermana Meggie ya no le hacía la colada, por lo que era

poco probable que se diera cuenta de la desaparición de la túnica verde que había cosido para él. Por su parte, Alison, la nueva esposa de su hermano mayor, era demasiado afable para decir una sola palabra en su vida, incluso aunque se diera cuenta. Estaba demasiado ocupada intentando construir un buen hogar para Leith; no es que Meggie no se hubiera puesto meticulosa. De hecho, Gavin no pudo evitar preguntarse cómo llevaba Montgomerie aquello de tener a su hermana de vigilante. Meghan infundía mucho respeto, al igual que su abuelita, y tenía un carácter tan impredecible como los vientos de las Tierras Altas, al igual que su padre.

Al fin y al cabo, todos habían tenido que vérselas con los demonios de su padre, incluso la dulce Meggie. Con cierto morbo, sus pensamientos se centraron en su padre. Aquel anciano solo había sonreído al tener la picha metida entre un par de buenos muslos o la lengua inmersa en una jarra de *whiskey*. No le había complacido mucho más. Gavin y Meghan, al ser las más pequeños, casi siempre se habían librado de su mano dura, mientras que Leith se había llevado la peor parte del temperamento de su padre.

En cuanto al pobre Colin... su padre lo había cogido por el pescuezo para obligarle a salir con él cada vez que se iba de parranda. Como resultado, el hermano mediano de Gavin había aprendido lecciones sobre las mujeres mucho antes de que la mayoría de sus compañeros hubieran salido de debajo de las enaguas de su abuela. Aquello debería de haberlo convertido en un marido pésimo, pero Colin los estaba sorprendiendo a todos con Seana.

Por su parte, Leith, en su búsqueda de la perfección, se había puesto a él y a todos los demás ante las mismísimas puertas de la muerte. Alison MacLean, con esos ojos bizcos, era la última mujer que ellos sospecharían que acabaría dejándolo prendado. Y aun así, lo había conseguido.

De hecho, los dos hermanos de Gavin habían desposado a mujeres que, pese a ser encantadoras, su padre las habría considerado menos que perfectas según sus valores.

A Gavin no le atraía necesariamente la belleza, y de hecho, él pensaba que esta ocultaba demonios de otra calaña. ¿O es que Maggie no los había padecido en sus propias carnes? Al igual que su madre y su abuela antes que ella, la hermana de Gavin había portado la afilada lengua de las mujeres en varias ocasiones. La llamaban Meghan Brodie la Chalada, y únicamente Lyon Montgomerie –un inglesito– había tenido las pelotas de ponerse al nivel de su astuta hermana. Gavin tenía que aguantarse la risa con respecto al tema,

porque a él le parecía que, a pesar de que su hermana sostenía que su marido era una bestia en el campo de batalla, cuando estaba ante ella Montgomerie no era más que un desdichado pusilánime a merced de su mujer.

Ahora que se ponía a pensarlo, se preguntó a dónde habrían ido los gatos ese día; habían desaparecido sin más. Sin esperarlo, su mente volvió a pensar en la mujer pintada...

Definitivamente era hermosa, aunque no de una forma convencional, pero se recordó que no era suya (y que él no buscaba a alguien que ocupara su cama). Tenía muchas otras cosas de las que preocuparse en aquel momento. No había pasado toda su vida luchando contra la influencia de su padre solo para sucumbir a ella ahora. En verdad, si alguna vez se casara, querría desposar a una muchacha afable de las Tierras Altas: no demasiado bella, pero de buen ver; una mujer leal, apasionada y llena de amor; una mujer bondadosa y humilde, pero de fuerte presencia y con una melodía en su corazón.

De todos modos, era improbable que fuese a ver a aquella chica de nuevo. Había salido huyendo sin siquiera decirle su nombre, y él dudaba que fuera de por allí cerca, pese a haber reclamado derechos sobre esas tierras.

Desde el salón, las voces y las risas llegaba flotando hasta los oídos del joven, pero las voces femeninas eran nuevas en aquel hogar. A Gavin lo llenaban de un extraño vacío. Suspiró, y se quedó mirando su alcoba durante un largo rato. La casa en la que había vivido toda su vida se había quedado un poco pequeña para tanta gente. Todo estaba cambiando. Gavin echaba de menos las flores frescas que Meggie dejaba en sus aposentos... la forma en la que ella le mullía la almohada y mantenía el brasero caliente a la expectativa de su regreso. Ahora, sus hermanos tenían esposas para calentarles la cama y pechos en los que recostar la cabeza, y él sentía su propia habitación fría y oscura.

Una imagen repentina de la mujer pintada le vino a la mente... Estaba en el interior de la morada que él estaba construyendo, los dos preparaban la cena juntos... El rostro de ella brillaba junto al fuego del hogar y su cabello ondulado estaba recogido a la altura de la nuca, rojizo como una hoguera atada con una cuerda mágica. La comisura de los labios se le curvaban suavemente y su risa sonaba melódica y libre.

Gavin parpadeó y la imagen desapareció. Eh, pero si no deseaba una esposa, se dijo para sus adentros. Entonces, le dio la espalda a la alcoba y a la

visión y se dirigió al salón.

Desde la misma dirección de la que provenían las voces venía flotando el aroma a pimienta del *haggis* en el aire. Gavin siguió el aroma, con el cuerpo preparado para una cena copiosa tras un largo día de labores. En verdad, aquello era lo único que le hacía sentir una punzada de dolor por su ausencia desde el casamiento de Meggie, lo único que echaría en falta una vez que partiera de aquella casa de campo: la hora de la cena. Durante todos aquellos años, la mesa familiar se había llenado de amor (al menos mientras su padre no estaba presente, vaya canalla malhumorado). Gavin tenía claro que nunca sería como el hombre que lo había engendrado.

Entró al salón con el estómago rugiendo de hambre y encontró a sus dos hermanos ya sentados a la mesa, contemplando sus platos en silencio mientras que Alison y Seana charlaban sin parar de un lado a otro de la mesa. Al parecer, las dos esposas se habían hecho amigas rápidamente, y su cariño por la otra parecía verdadero. Al menos no estarían tirándose de los pelos la una a la otra mientras estaban en la casa, caviló Gavin.

–¡Oh! –dijo Seana al verlo.

–¡Gavin! –exclamó Alison. Acto seguido, se levantó de su asiento junto a Leith y propuso:– Voy a por un plato.

Los otros dos hermanos levantaron la cabeza de golpe y negaron con las cabezas al unísono, horrorizados al ver que Gavin se unía a la mesa. Sin entender del todo las expresiones de advertencia, Gavin se sentó junto a Colin, confuso, hasta que echó un vistazo por curiosidad al plato de Colin. Al mismo tiempo, Alison le puso frente a las narices un plato repleto de tripas de oveja machacadas y a Gavin lo abordó un olor más concreto: un olor a rancio y a pimienta que le erizaba los pelos de la nariz. Por las barbas de San José, aquello no se parecía en nada al *haggis* de Meggie.

Gavin se encontró con la breve mirada aterrorizada de Leith, aunque su esposa, que había vuelto a sentarse a la izquierda de este último, pareció no darse ni cuenta.

–¡Estamos encantados de que al fin te hayas unido a comer con nosotros! –declaró Alison.

Seana asintió con entusiasmo mientras le pasaba la cuchara a Gavin.

En cuanto a Colin... por primera vez, que Gavin recordara, su hermano no parecía muy dispuesto a encontrarse con la mirada de su esposa. Gavin intentó no soltar una risotada, pero de nuevo, un vistazo al plato fue

suficiente para serenar su expresión.

Seana le echó una mirada por encima del hombro de Colin y reveló con entusiasmo:

–¡Alison me ha enseñado a hacer *haggis*!

Leith se aclaró la garganta y algo similar al pavor se asentó en el fondo del estómago de Gavin. Las continuas miradas de inquietud que intercambiaban sus hermanos solo lo acrecentaba. En aquel momento todos lo miraban con expectación.

–¿Qué tal el día? –les preguntó a todos, evasivo.

–¡Maravilloso! –respondió Seana.

–Muy bien –comentó Alison–. ¿Y el tuyo?

Ni Colin ni Leith habían contestado aún, y Gavin hizo una mueca al pensar la posibilidad de que la mugre de la boca les hubiese sellado los labios.

–¡Madre mía! –exclamó Alison de pronto, interrumpiendo lo que quiera que Gavin fuese a decir (si es que iba a decir algo); entonces, se levantó de la mesa y añadió–: ¡He olvidado el pan!

–¡Yo te ayudo! –se ofreció Seana, y acto seguido salió como un resorte tras ella.

En el mismo instante en que las dos mujeres salieron del salón, tanto Colin como Leith escupieron la porquería gris en el plato y se levantaron a la vez de sus asientos. Con los platos en la mano, saltaron hacia el hogar y tiraron el contenido sobre las llamas; a continuación, corrieron de nuevo a sus asientos antes de que sus esposas volvieran al salón con un plato repleto de pan recién horneado.

Leith, que de pronto detectó los indicios delatores de restos de comida en su plato, lo cogió y empezó a lamer los bordes hasta dejarlos impolutos. Colin se lanzó a por un pedazo de pan conforme su mujer se sentaba y alzó también su plato para eliminar las pruebas. Gavin aún estaba boquiabierto; se había quedado demasiado aturdido. La abuelita había sido una cocinera estupenda, y Maggie era aún mejor. ¿Tan malo era ese *haggis*?

–¡Leith! –gritó Alison a modo de regañina, mientras miraba a su marido con el ceño fruncido –. Aunque ciertamente me complace que te encante mi versión de la receta de la abuelita Fia, ¡parece que no tuvieras modales, esposo!

A Leith se le encendieron las mejillas. Ante semejante reprimenda, cesó

de lamer su plato y lo colocó en la mesa con aire avergonzado. Estaba limpio como una patena. Ni siquiera Brownie podría haberlo hecho mejor. Leith elevó ambas cejas al mirar a Gavin de reojo, y éste casi se ahogaba de la risa.

Junto a él, Colin se apresuró para rebañar su propio plato con un pedazo de pan. Quitó todo rastro de *haggis* y se metió a trompicones las pruebas del delito en la boca como si no quisiera dejar de comer. Hizo amago de sonreír pese al cúmulo que tenía en la boca, pero no lo consiguió.

Seana parpadeó con amor su marido y le sonrió con encanto. Aparentemente deleitada por ver que había devorado la cena con tanta diligencia, cogió una cuchara, la hundió en el *haggis* y sacó otro montón.

–¿Quieres más? –le preguntó a Colin.

Con la boca todavía llena, Colin se apresuró a levantar la mano como gesto de rechazo, pero como no pudo decirlo en voz alta, fue demasiado tarde: el puré gris cayó como una masa sobre su plato ya immaculado.

–Gracias –dijo con un hilillo de voz cuando fue capaz de recobrar el habla; aunque agradecía el gesto a su mujer, sus ojos reflejaban su profunda resignación.

Desde luego, Gavin había elegido la noche equivocada para venir a cenar. Alargó el brazo para coger un pedazo de pan mientras se recordaba que era una bendición tener abundancia de vituallas, fuera cual fuese su sabor. Sus pensamientos volvieron entonces a la chica que había conocido en las lindes del bosque. ¿Dónde estaría ahora? ¿Tendría comida suficiente? Ahora que el verano se iba acabando, la noche traería consigo el helor. ¿Estaría lo suficientemente abrigada con la túnica verde que él le había dejado? De pronto arrugó la frente al pensar que lo más probable era que no. Ni siquiera llevaba puesto un tartán escocés.

–Seguro que vas a querer mucha cerveza para acompañar eso –sugirió Colin en voz baja, una vez que había acabado de masticar el bocado de pan.

Gavin, incómodo al saber que todas las miradas se centraban en él, paseó la vista por el resto del salón. Nunca había visto la casa tan alegre, a pesar de que todas las celebraciones ya habían concluido. El fuego ardía brillante en el hogar, incluso aunque oliera a *haggis* quemado. Afortunadamente, las velas olían a cera de abeja de los MacKinnon, en lugar a brea o sebo, y refulgían con su color cálido amarillo, sin soltar ese humo que habitualmente dejaba manchas oscuras en las paredes. Los juncos crecían frescos a sus pies y los perros estaban perfectamente educados, esperando en

un rincón de la habitación con los mejores modales que Gavin había visto nunca: se encontraban sentados sobre una alfombra, que el chico no reconoció. Y mientras Brownie, su propia perra, parecía tristona, ahí mirándolo con nostalgia por encima de las patas extendidas mientras lloriqueaba, lastimera.

Por alguna extraña razón, a Gavin también le apetecía ponerse a lloriquear, y no tenía nada que ver con la perspectiva de comerse aquella montaña de *haggis*, o con el hecho de que no tuviese ni idea de cómo volver a ver a esa chica. Se trataba más bien de un sentimiento de soledad cuya intensidad había aumentado durante los últimos meses. Un sentimiento que solo parecía aliviarse ahora, cuando pensaba en la chica.

Estaba pensando a dónde habría podido ir la joven, cuando de repente recordó que no había ni rastro de las patas sucias de Brownie en su lecho y se le ocurrió que Seana o Alison debían haber dejado la perra fuera de sus aposentos. Frunció el ceño ante la idea, pensando en el invierno ya cercano. Menos mal que se iba a mudar pronto.

Las esposas de sus hermanos aún lo observaban expectantes mientras le sonreían de una forma exultante. Gavin, que sentía la presión intensamente, se aventuró a darle un mordisquito al pan, que ciertamente era el menor de los dos males. Rayó la superficie con los dientes.

—He conocido a una chica —soltó Gavin como quien no quiere la cosa, a pesar de su decisión anterior de no nombrarla.

Las dos mujeres que estaban frente a él se espabilaron de golpe y desviaron la atención de su plato.

Colin paró de empujar el *haggis* hacia los lados del plato y Leith dejó en la mesa su jarra de peltre llena de cerveza.

—¿En serio? —preguntó Leith.

Gavin miró de reojo a Seana con la esperanza de que conociera la identidad de la mujer.

—Sí, era menuda y preciosa, con el cabello refulgente como el fuego y unos brillantes ojos verdes —afirmó él. Seana, por su parte, soltó una risotada.

—Quizá fuese una de las hadas —saltó ella y le guiñó un ojo a Gavin.

—No... pero estaba... em... bueno, iba pintada —rectificó él.

—¿Pintada? —preguntó Seana al tiempo que alzaba una ceja con escepticismo.

—Tatuajes —aclaró Gavin, que hizo un gesto con la mano con el que se



señaló todo el pecho –. Tenía tatuajes por todas partes.

–¿Por todas partes? –La mirada de Seana siguió el movimiento circular de los dedos de Gavin por su pecho y alzó la ceja un poco más.

Al darse cuenta de golpe hacia dónde estaba apuntando, Gavin rectificó la trayectoria y se señaló los brazos.

–Sí, ya sabes... Por los brazos, las piernas, la cara... –Por los pechos también, claro está, y aquel recuerdo lo hizo ruborizarse—. Era azul –concluyó, incómodo, carraspeando.

–¿Que era azul? –repitió Alison como una boba mientras arrugaba el gesto.

–Bueno... ella no... sus tatuajes –contestó Gavin, con el ceño fruncido.

–A mí eso me suena como un dichoso *pech* –sugirió Leith–, aunque no se han visto ejemplares de su especie desde hace siglos.

–¡Vergüenza debería daros a los dos! ¡Hablar de *pechs* y hadas! –les regañó Alison. Se volvió hacia Gavin para prestarle toda su atención y le preguntó de manera educada:– Dime, ¿dónde conociste a esa... mujer pintada de azul?

–A las afueras, cerca de donde Seana vivía con su padre –contestó Gavin, guiñándole un ojo a Seana.

Solo Seana sabía lo que Gavin estaba haciendo en aquel lugar y había jurado guardar el secreto, al menos hasta que él se viera preparado para revelarlo.

–Oh –dijo Alison mientras intentaba arrancar una migaja de su trozo de pan. Sin embargo, al resbalársele el trozo las manos, lo fulminó con la mirada, intentando dar con la forma de hacerlo –. ¿Y qué hacías tan lejos? –preguntó, aunque ahora estaba algo ausente. Se dedicó a golpear el trozo de pan con la mesa de manera disimulada, al tiempo que observaba por el rabillo del ojo a Seana.

Gavin tenía la impresión casi certera de que Seana también había hecho el pan. Pobre chiquilla. Estaba acostumbrada a cocinar sobre llamas vivas, pues ni su padre ni ella habían tenido muchas comodidades.

Gavin paseó la mirada de Seana a Alison y luego de Alison a Seana. Por lo que veía en su hogar, aún no estaba preparado para contárselo a nadie. Aún no, así que mintió.

–Fui a comprobar el alambique.

Alison pareció aún más perpleja. Cesó de escudriñar su trozo de pan,

rocoso y dijo:

–Pensé que no veías con buenos ojos el *whiskie* de Seana.

Gavin le echó una mirada atormentada a Seana, pues esperaba que no se ofendiera por aquello.

–No es que no lo vea con buenos ojos, es que simplemente no tengo intención de bebérmelo. Da igual, la cuestión es que estaba allí cerca... así que decidí echarle un vistazo... por Seana. Ya está.

Seana tenía la cabeza agachada y miraba su plato mientras se removía en el asiento. Permanecía callada e intentaba evitar la mirada de todos, por lo que Gavin pensó que podía sentirse incómoda al ser cómplice de la mentira.

Ahora Colin era el que estaba confuso. Se olvidó de golpe de su *haggis* y se puso a escudriñar la cara de Gavin.

–¿Qué hacías ahí fuera, en tierra de nadie, hermano?

–¡Eh, Colin! ¡Esa no es tierra de nadie! –protestó Seana de inmediato–. ¡Es mi tierra! ¡Te agradecería mucho que dejaras de llamarla así! Y para tu información, le pedí a Gavin que fuese a comprobar el alambique en mi lugar –mintió.

–En cualquier caso... Ahí fue donde la vi –continuó Gavin, que se sentía culpable por Seana. Observó de reojo a Leith, que ahora también escudriñaba sus movimientos.

–¿A quién? –preguntó Alison, ausente, mientras volvía a golpear su trozo de pan sobre la mesa.

Aquella cosa sonaba como un martillo. Ay, Señor, uno podría partirse un diente al morderlo. Gavin dejó su propio trozo sobre el plato, pues no quería más.

–Esperaba que Seana la conociera...

–¿Sabes al menos su nombre? –insistió Seana–. Quizá sea una de los MacKinnon. O eso, o es una de las primas de Broc Ceannfhionn, que a veces merodean por allí de camino al acantilado.

–Pues no.

–¿No qué? ¿No era una MacKinnon o no sabes su nombre? –persistió Colin, frunciendo el entrecejo.

–Oye, ¿por qué iba a preguntar por la chica si supiera su procedencia? ¡No, no sé su nombre! –contestó Gavin, al tiempo que lanzaba una mirada de furia a su hermano y perdía la paciencia.

–¿Y por qué no? –insistió Leith.

Gavin comenzaba a sentirse como si estuviera en mitad de una inquisición.

–¡Porque no se lo pregunté, así de claro!

–¿Por qué no?

–¡Ay, porque estaba distraído!

Colin le sonrió con complicidad a su hermano Gavin. Lo conocía demasiado bien, y aun así, le preguntó:

–¿Qué te distraía?

Las mejillas de Gavin se encendieron y éste contestó a la defensiva:

–¡Pues el alambique, claro!

–Claro –afirmó Colin con petulancia.

Seana siguió con la pantomima.

–Bueno, y... ¿cómo estaba?

Gavin parpadeó al sentirse ahora más mareado que cuando estaba en presencia de la chica.

–¿Que cómo narices estaba el qué?

En aquel momento, incluso Seana entornó los ojos al mirarlo.

–¡El *whiskie*, Gavin, el *whiskie*!

De repente, Alison tiró su pan y se propinó un palmetazo en la frente.

–¡Estoy tan confusa!

Leith se volvió para echarle un brazo por encima de los hombros y le plantó un beso en la mejilla.

–Ya somos dos, querida.

Colin, el muy perro, se limitó a alzar una ceja y ensanchar aquella malévola sonrisa.

–A mí me parece que has estado demasiado tiempo bajo el sol, ¿verdad, hermano?

–Eso parece, sí –se apresuró a añadir Seana–. ¡Tienes la cara como una remolacha!

En aquel momento, Colin le dio un suave toquecito en la nariz a su amada y dijo:

–Amada esposa, a eso se le llama el rubor de la virginidad –entonces se volvió hacia Gavin y le guiñó un ojo con complicidad.

Gavin le echó una mirada avinagrada a Colin por la ocurrencia y por el guiño, y al haber tenido ya suficientes burlas, separó la silla de la mesa arrastrándola por el suelo, pues estaba seguro de que aquella conversación no

llevaría a nada productivo.

–Creo que se me ha quitado el hambre –declaró. A continuación, llamó a Brownie con un silbido antes de salir del salón. La perra lo siguió.

–Qué cabrón –soltó Leith, sin querer.

–¿A qué creéis que venía todo eso? –preguntó Alison cuando Gavin había partido.

Colin clavó la mirada en la puerta por la que Gavin se había marchado.

–Si no fuera por sus malditos votos, pensaría que nuestro hermano tiene ganas de fornicar.

–¡No, qué va! ¡Gavin no es de esos! –afirmó Alison, arrugando el gesto.

–Que sí –le rebatió Colin–. Juro que la sangre de ese crío es tan roja como la mía.

–Bueno, sí, puede que sea tu hermano menor –le reprochó Alison con una ceja levantada–, pero Gavin dejó de ser un crío hace mucho, por si no te habías dado cuenta.

Seana les dedicó a todos una sonrisa cómplice y se encogió de hombros.

–Puede que se haya aficionado al *whiskie* –sugirió en voz baja.

## Capítulo 3

En el exterior, la luna resplandecía en el cielo, alta y llena, e iluminaba el patio lo suficiente como para que Gavin pudiera ver su pequeña, donde espiaba a los amantes mientras se besaban a la luz de la luna, sus cuerpos oscurecidos por la niebla creciente. Desde aquella distancia, Gavin solo podía ver sus siluetas, pero no podía averiguar quiénes eran. Daba lo mismo; parecía que todos habían encontrado a alguien más, todos menos él.

Se sentó y apoyó la espalda en una pila de leños, y Brownie se acostó obedientemente a sus pies. Se puso a acariciar el lomo de la perra con aire ausente, intentando no pensar en nada.

En ocasiones era bueno despejar la mente y alimentar el alma... aunque también le hiciera falta alimentar el estómago. No tenía ni idea de cuánto tiempo pasó allí sentado, pero después de un rato Seana apareció a su lado.

–Debes estar muerto de hambre –dijo con voz calmada, lo que hizo que Gavin se sobresaltara. En ocasiones, Seana parecía estar hecha de niebla por lo sigilosa que era al aparecer. Gavin determinó que debía ser consecuencia de vivir en el bosque, sin el beneficio de la protección, donde hubo de valerse por sí sola durante tanto tiempo.

Seana se echó el tartán escocés de Leith sobre los hombros y se sentó con cautela sobre la pila de leños junto a Gavin. Este se encogió de hombros. En realidad sí que tenía hambre, pero había pensado volver a hurtadillas a la cocina cuando todos estuviesen dormidos, para no herir los sentimientos de nadie (especialmente los de Seana, pues le había cogido mucho cariño a la joven).

–Estás preciosa con los colores de los Brodie –le comentó él a ella con sinceridad–. Te sientan muy bien.

Seana encogió los hombros mientras abrazaba la prenda de manera posesiva y sonreía con calidez.

–Gracias, querido Gavin. –Entonces, le dedicó una mirada de soslayo y confesó:– El *haggis* no estaba bueno, lo sé, pero me temo que Padre y yo lo hacíamos con vituallas más modestas.

–¿Aún lo extrañas? –preguntó Gavin, mirándola compasivamente. Ella asintió.

–Sí. No hay un solo día en que no me falte. De todas formas, sé que él está ahí fuera, en algún lugar... cuidando de mí.

–Es bueno tener fe –afirmó él, a pesar de no poder encontrar ni un poquito para sí mismo en aquellos momentos–. No te preocupes, muchacha. Durante un tiempo, tras la muerte de la abuelita Fia hasta Meggie quemaba todas las comidas.

–¿En serio? –replicó Seana, con un tono cargado de esperanza.

–Sí, mis hermanos y yo nos retorcimos de hambre durante semanas. Conseguíamos aguantar la cena a duras penas y nos colábamos a hurtadillas en la cocina cuando la luna estaba ya en lo alto. Y Colin, el muy cabrón, acaparaba todo el santo pan: lo único que Meggie sabía hacer bien.

Seana soltó una risita ante el cuadro que le pintaba Gavin: los tres hermanos saliendo a hurtadillas en mitad de la noche en busca de vituallas.

–El Colin que conozco siempre ha sido un pelín consentido –le concedió.

–¿Un pelín? –replicó Gavin, mientras alzaba ambas cejas con escepticismo. Seana soltó otra risita.

–¿Dónde están ahora?

–¿Colin y Leith? –Seana le echó a Gavin una mirada cautelosa–. Alison los ha puesto a limpiar los fogones.

–¡Chica lista! –exclamó Gavin entre risas, pero no continuó preguntando.

Sobre ellos, las estrellas titilaban como joyas brillantes en un cielo despejado de ébano, a pesar de la espesa niebla que se arremolinaba cerca del suelo. En aquella clase de veladas era cuando los bosques parecían casi surrealistas, repletos de ojos titilantes y chasquidos de ramitas, huellas invisibles y susurros. La clase de velada en la que una persona podía incluso creer en hadas y fantasmas. La abuelita Fia había creído fielmente en su existencia, y había ido por ahí hablando con ellos incluso a plena luz del día. Ay, aquello le había valido el primero de los títulos de los Chalados Brodie. Gavin echó un vistazo a Seana, preguntándose si ella y Alison romperían la maldición de las mujeres del clan de los Brodie después de tanto tiempo.

Seana se enrolló la capa sobre el cuerpo con más firmeza para protegerse de la brisa nocturna.

–Cuéntame más sobre esa mujer que has conocido hoy, Gavin –le pidió de repente.

Gavin la observó con detenimiento. La esposa de su hermano era bastante hermosa. No era de extrañar que Colin estuviera prendado de ella. Y además, tenía un corazón de oro... aunque no se parecía en nada a su chica pintada. Se limitó a encogerse de hombros y decir:

–No hay mucho que contar. Solo tenía curiosidad por saber si la habías visto –le explicó, mientras calibraba su expresión.

–Puede que estuviera buscando marido –aventuró Seana. Acto seguido, le guiñó un ojo–. Después de todo, no hay una sola mujer en muchas leguas que no quisiera ser una novia de los Brodie.

–Bah. Ninguna suspira por mí –le aseguró Gavin–. Leith es el jefe del clan. Es normal que una mujer se fijase en él. En cuanto a Colin... Bueno, no es ningún misterio lo que las mujeres pueden ver en mi hermanito... pero en mí no.

Seana intentó contener la risa.

–En mi opinión, a Colin no le gustaría que lo tildasen de apuesto, pero... Te puedo asegurar que no hay mujer en las Tierras Altas que no se arrancaría los ojos por ser tu esposa.

–Lo que quieres decir es que si se arrancara los ojos, entonces no tendría que verme... ¿verdad? –replicó él, haciendo un amago de sonreír.

Ambos se rieron, mientras que Brownie comenzó a lamerse la pata y morderse las pezuñas.

–No tengo mucho que ofrecer –afirmó Gavin, esta vez sin el tono frívolo de antes.

Seana soltó un leve gruñido en señal de desaprobación. Entonces, lo miró de arriba abajo con el cejo fruncido. Tras un largo momento de contemplación, dijo:

–Mi padre era de los que pensaban que aquellos bosques están repletos de magia. Estaba seguro de que mi madre era un hada... Y que se reuniría con ella cuando dejara este mundo para irse al otro. De hecho, en sus últimos años de vida, juraba que ella era una gata; solía llamarla Amor Mío.

–¿Una gata?

–Sí... Y yo casi llegué a creérmelo, porque parecía que aquel dichoso animal siempre estaba por ahí rondando –contestó, poniendo los ojos en blanco.

–¿Y ahora qué crees? –preguntó Gavin. Seana se encogió de hombros.

–Bueno... Creo que hay cosas que no podemos explicar –confesó.

–¿Como qué? –insistió él. Seana le dedicó una sonrisa.

–Como el amor, Gavin Mac Brodie. Si el amor no es alguna clase de magia, entonces no sé lo que es.

Entonces Seana se puso de pie y le recorrió un escalofrío por el cuerpo, por lo que se enrolló el tartán alrededor de los hombros con más fuerza.

–Deberías entrar pronto –sugirió. Entonces, añadió:– Me aseguraré de que Alison no ande merodeando por la cocina para que puedas coger algo de comer. Y no te preocupes por mis sentimientos ni un poquito siquiera–. Entonces se fue, tras dedicarle a Gavin una sonrisa y otro guiño.

Un poco después, Gavin se quedó ahí sentado, analizando sus palabras y el significado de la vida. Contempló la capillita que habían construido unos años atrás, para disgusto de la Abuelita. En realidad, la estructura había sido una vez un antiguo túmulo especialmente grande, uno que habían saqueado en múltiples ocasiones. Gavin había apuntalado los muros con vigas recias de buena calidad y había construido un tejado de madera.

«¡Enfurecerás a los dioses!» –despotricaba Fia–. «¿En qué se ha convertido este mundo?» Entonces se alejaba mientras refunfuñaba entre dientes sobre la arrogancia de la juventud.

A diferencia de la capilla que Meggie había empezado para Gavin en tierra de los Montgomerie, esta era un sencillo espacio privado para arrodillarse y rezar, algo que él ya apenas hacía, pues parecía haberse perdido en el camino de la fe. Eso era lo que había dicho la muchacha que se había encontrado hoy, pero, ¿cómo lo sabía? Seguro que había sido una casualidad.

Gavin suspiró, sabiendo que en otros tiempos había molestado a sus hermanos a través de su afición por la escritura. Y aun así, ellos le habían permitido expresar sus sentimientos. Al mirar atrás ahora, no estaba tan seguro de haber entendido la desesperación oculta tras sus estudios, aunque pensó que tendría que ver en cierto modo con la agitación de su alma, aquel vacío que no era capaz de llenar, por muchas buenas acciones que llevara a cabo. O quizás solo fuera un entretenimiento seguro.

«¿Amor?» «¡Magia!» «Bah.»

Se levantó y alzó una piedra que tenía en la mano a la altura de la cara, mientras observaba a los amantes que estaban tras la iglesia apresurarse hacia la privacidad de los bosques. Sintió una puñalada de envidia inesperada.



Entonces tiró la piedra con desgana en dirección al nuevo granero que estaban construyendo y se metió en el interior del hogar, decidido a acabar su casa a lo largo de aquella semana. Últimamente era la única cosa que le ofrecía un poco de satisfacción. Tras varias semanas trabajando en ello, estaba a punto de conseguirlo. Solo había que construir el tejado y después comenzaría con el pozo. Cuando hubiese acabado con eso y estuviese preparado para labrar la tierra, llamaría a su hermano Leith para cambiarle un par de ovejas y cabras por parte de su cosecha de primavera. Aquello le daba una calidez en el pecho que ni siquiera el *whiskie* de Seana sería capaz de trastocar.

En cuanto al amor... supuso que algunas cosas no estaban hechas para todo el mundo. Y en cuanto a su muchacha pintada, ya hacía tiempo que había partido, y más le valía a Gavin sacarse su imagen de la cabeza de una vez por todas. No tenía sentido entregar su corazón a una mujer que, a efectos prácticos, no existía (por hermosos que fuesen aquellos pechos pintados).

Gavin se pasó los dos días siguientes ayudando a sus hermanos con la construcción del nuevo granero. Ni los MacLean ni los Brodie gozaban de tanta prosperidad como Iain MacKinnon, pero sus claros eran productivos salvo en raras ocasiones, y hasta el último hombre y la última mujer debían poner de su parte.

Una vez acabada, la nueva casa de Gavin sería un modesto hogar hecho de piedra dura argamasa, apenas mayor que una choza cualquiera, pero aquello le bastaba y le sobraba.

En aquella parte del país, únicamente el terrateniente MacKinnon tenía alguna clase de fortaleza. Situada en lo alto del acantilado, Chreagach Mhor era la envidia de todos los clanes vecinos, pues rivalizaba incluso con los terrenos de los hijos de Malcom Ceann Mór.

Por fortuna para David, Iain MacKinnon, el benjamín de los hijos de Malcom, no anhelaba el trono de Scotia, pues como David tenía la nariz tan pegada al culo del rey inglés, no le haría falta mucho para ponerse al pueblo en su contra. Además, con un linaje que se remontaba a Kenneth MacAlpin, Iain podría ganarse la atención de cada ciudadano de las Tierras Altas si quisiera. Por ello, a nadie le sorprendía que de golpe David se hubiera convertido en el aliado más acérrimo de Iain. A cada cosa que decretaban los MacKinnon, David las iba proclamando por cada cima de los acantilados, aunque desde luego no todos los pretendientes al trono corrieron con la

misma suerte. Algunos habían encontrado otros destinos.

En los dos días siguientes, Gavin intentó borrar de sus pensamientos la imagen del hermoso cuerpo pintado de la joven colocando más piedras en su nueva casa de las que había puesto en todas las semanas que había estado trabajando en ella.

Los tres hermanos juntos trabajaban codo con codo para construir el nuevo granero, ya que, por una vez, el antiguo se había llenado antes del invierno siguiente, en parte porque los clanes vecinos habían comenzado a trabajar juntos para intercambiar mercaderías. Los MacKinnon tenían un fabricante cuya especialidad eran las velas de llama azul y brillante; los MacLean eran capaces de cultivar patatas en cualquier recoveco o grieta; los Brodie eran todos unos excelentes granjeros y pastores de ovejas y Piers de Montgomerie tenía familia inglesa, lo que contribuía a comerciar con Inglaterra. Meghan, la hermana de Gavin, era una tejedora experta: sus prendas eran suaves y ajustadas. Ahora, los Brodie también tenían a Seana y uno de los mejores *whiskies* de todas las Tierras Altas.

En definitiva, aquel invierno se presentaba como el más fructífero que habían tenido desde mucho antes de que su padre dirigiese el clan. Su abuelo había sido un terrateniente excelente debido a todas las sirvientas que tuvo.

A Gavin solo le preocupaba ligeramente que la reclamación de Seana se pusiese bajo escrutinio, pues le concedía a los Brodie un trecho de terreno que no había sido suyo anteriormente. Y aun así, ahora que había paz entre los clanes, el marido de su hermana poseía la propiedad adyacente hacia el sur y los Brodie eran propietarios del terreno adyacente hacia el oeste, Gavin estaba seguro de que cuando se presentara ante los consejos del clan, nadie podría repudiarlo, especialmente si se ganaba el favor de los MacKinnon (que era lo que pensaba hacer desde el primer momento). Tampoco creía que los MacKinnon pusiesen muchos reparos a la petición, pues el padre de Seana había ocupado las tierras que había bajo los acantilados de Chreagach Mhor toda su vida, y Seana se había desposado con el hermano mayor de Gavin, jefe del clan de los Brodie.

En cualquier caso, todos los clanes consideraban aquel trozo de tierra en concreto como tierra de nadie, pues no era el suelo más fértil que uno quisiera poseer. La clave del éxito de Gavin como granjero estaría en practicar la radiestesia para encontrar un nuevo pozo (algo que no le suscitaba especial interés). Gavin no había conocido a un buen zahorí desde su abuelita Fia, y

no le deleitaba el pensamiento de perforar la abrupta arcilla para encontrar un suministro de agua abundante.

A pesar de trabajar codo con codo con sus hermanos, Gavin se las ingenió de algún modo para pasar el día entero sin que lo abordaran con preguntas sobre las visitas a la tierra de nadie o aquella mujer misteriosa. Por desgracia, aquello se debió en parte a que se había colapsado una parte entera del muro del nuevo granero. Por fortuna para Gavin, era el tramo de muro que había hecho Colin. Ni siquiera entonces su hermano parecía capaz de poder quitarle los ojos de encima a su bellísima mujer. «Vaya un tontaina enamorado».

A la mañana siguiente, con las primeras luces, mientras Colin reparaba sus daños, Gavin partió para hablar con los MacKinnon. Se encontró a toda la familia MacKinnon en pie y armada hasta los dientes por un prisionero fugado del rey David (por lo que averiguó Gavin, una mujer... no pudo evitar pensar en la joven pintada).

La prisionera, según parecía, era la hermana de un jefe rebelde de las profundidades del Mounth, una tosca cadena de colinas situada al noreste del país. La chica iba a formar parte de la guardia al servicio del rey inglés, al igual que habían tratado de hacer con el primogénito de Iain. Según parecía, Iain había rechazado unirse a la búsqueda debido a que su mujer estaba de parto en ese momento, pero Gavin sabía que había algo más detrás de aquella historia.

En cuanto a Gavin, parecía que no podía haber llegado en peor momento. Después de lo que le había ocurrido a la primera mujer de Iain, se cuestionaba si era sensato esperar a reunirse en consejo con él. Si el parto no iba bien, Iain no tendría el cuerpo como para hablar con él. Por otro lado, si los acontecimientos se desarrollaban de forma adecuada y MacKinnon era agraciado con un chiquillo sano y su nueva esposa no se suicidaba, como había hecho la primera esposa, entonces seguro que estaría encantado y de un humor generoso.

Gavin contenía la respiración a la espera de oír las nuevas junto a Broc Ceannfhionn, mientras que este y su esposa Elizabet discutían sobre qué nombre ponerle a su hija. Gavin se rascó la cabeza al oírlo, pues la dulce bebé tenía ya casi seis meses.

—¿Y ahora cómo la llamáis? —le preguntó Gavin a Broc. Éste frunció el ceño.

–Bebé.

Su esposa colocó una bandeja de dulces sobre la mesa y animó a Gavin a coger uno. Éste no dudó ni un instante, hambriento como estaba en aquellos momentos por no tener una buena cocinera en la mansión.

–Quiero ponerle Suisan –dijo la mujer con su dulce acento inglés–. Es un nombre precioso, ¿no crees? –le preguntó a Gavin.

Sin querer tomar partido, Gavin le dio un mordisco a la tarta y miró de reojo a Broc, que ahora tenía el ceño aún más fruncido. El perro de Broc, Merry, soltó un resoplido de desaprobación por el hocico.

–Gavin es mi amigo –recalcó Broc a su mujer–. Tú no puedes pedirle que se ponga de acuerdo contigo, ¡así no funcionan las cosas!

La expresión de Elizabet era de inocencia pura, pero su sonrisa era calculadora, aunque Broc, por el momento, parecía inmune a ambas cosas.

–Es un nombre increíblemente precioso –sostuvo ella, ignorando la reivindicación de su marido.

Hay que reconocer que Broc se mantuvo en sus trece y rechazó la idea categóricamente (no como los hermanos de Gavin, que habrían capitulado inmediatamente). Gavin pensó que, al fin y al cabo, a lo mejor aún quedaba esperanza para los hombres enamorados. ¿Acaso lo único que hacía falta para atemperar el humor de sus hermanos era el tiempo?

Gavin se metió otro dulce en la boca y aprovechó la oportunidad para masticar con vehemencia, por lo que se libró de tener que responder a ninguno de los dos.

Elizabet, que seguía sonriendo, se aproximó a su marido y se sentó sobre su regazo. Las mejillas de Gavin se encendieron cuando los esposos empezaron a susurrarse y a darse besitos en la cara del otro, así que se levantó a echar un vistazo por la ventana hacia la inmensa fortaleza de piedra de los MacKinnon. Gavin se preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de recibir noticias de la torre superior. Aquella torre era exactamente la misma en la que la mujer de MacKinnon se había ahorcado, furibunda.

–Vale, muy bien –escuchó decir a Broc.

Gavin sacudió la cabeza al ver la futilidad de los hombres enamorados. Por todos los santos, si en verdad, lo único que hacía falta para conquistar las Tierras Altas era tomar a una panda de inglesitas como esposas. Los MacKinnon ya tenían dos entre ellos: la propia mujer de Iain y ahora Elizabet. Y ahora ya parecían tan buenos como los inglesuchos... Pero todo

aquello no era de la incumbencia de Gavin; lo único que le importaba en aquel momento era asegurarse las tierras bajo el acantilado para poderlas labrar.

De repente, se oyó un grito desde la ventana de la torre, un grito de júbilo, y Gavin salió apresurado para enterarse de aquello que estaban celebrando.

Según parecía, el resto de la gente también había estado esperando noticias, como indicaban todas las casas vacías cuyos habitantes iban entrando al patio bajo ellos.

–¡Una niña! –gritó la matrona desde la ventana superior–. ¡Una niña preciosa! –y entonces desapareció de nuevo.

Así que Gavin esperó, feliz, y para su buena ventura, Iain MacKinnon no puso ni una sola objeción a su petición. Dejó marchar a Gavin con su bendición y la impronta de su inmensa mano sobre la espalda enclenque de éste.

Gavin se preguntaba cómo se atrevería un solo hombre a desafiar a MacKinnon, fuera cual fuese su razón. Al igual que su padre, antes que él, Iain MacKinnon era una fuerza poderosa a la que tener muy en cuenta.

---

Tan pronto como la partida de búsqueda abandonó los bosques, Catriona retornó a la casita, donde esperaba esconderse, y pensó que aunque volviera su propietario, al haberle ofrecido gentilmente algo para ponerse, tal vez le ofreciera también un refugio seguro.

A cambio, ella estaba dispuesta a ayudarle a completar el tejado, algo que todas las mujeres de su clan sabían hacer, pues nadie era tratado de manera diferente simplemente por tener un apéndice colgando entre las piernas. La habían criado para ganarse el lecho y el techo, y aquello no iba a ser distinto.

La joven esperaba que, puesto que el escoto vivía solo (o al menos, suponía que así era), no se percatara de que la estaban buscando. Aquellos demonios la habían atado y desnudado, pero había conseguido escapar. ¡No, prefería morir a convertirse en un peón para subyugar a los últimos de su pueblo! ¡Qué poca fe tenía en los líderes de Scotia! Sin embargo... Tampoco podía volver a casa. Al menos aún no.

Todo había salido mejor de lo que ella había anticipado. El propietario

de la casa aún no había vuelto, pero cuando lo hiciera, no habría necesidad de preguntarle si deseaba su ayuda; no precisaría calibrar las dubitativas expresiones del joven, pues ella estaba a punto de acabar y seguro que él no le negaría un lecho en el que dormir al ver todo el trabajo que había hecho por él.

El techo de paja estaba bien construido, fuerte y tenso (tal y como le habían enseñado a tejerlo), de modo que no filtraría el agua ni aunque le cayera encima la tormenta más robusta.

Era muy agradable, el escoto. Y además, apuesto... justo la clase de hombre que quería desposar algún día. Tenía el cabello rubio espeso y limpio, y la mandíbula bien definida, en la que apenas se intuía un hoyuelo. Sus ojos verdes eran tan profundos y oscuros como el musgo, pero sobre todo, eran nobles.

No obstante, era evidente que se le había olvidado vestir como un hombre. El vestido que le había ofrecido era hermoso, pero la joven no estaba acostumbrada a ver hombres ataviados con vestidos bordados.

Y, de todos modos, ella tampoco estaba acostumbrada a correr por ahí desnuda como el día en que nació, pero tampoco se avergonzaba del cuerpo que los Dioses le habían dado, así que, ¡al cuerno con esos tipos! Como si aquello debiera disuadirla de intentar escapar de sus grasientos agarres.

En cuanto al escoto... apenas había sido capaz de quitarle los ojos de encima a sus pechos. Aquel recuerdo la hizo sonreír. En verdad, nunca se habría pintado el cuerpo, salvo en aquel caso, que era un acto de desafío. Era su forma de demostrarles que nunca se doblegaría a la voluntad de aquellos perros arrogantes, ni tampoco lo harían los suyos. Habían sobrevivido una ola tras otra de saqueos procedentes del norte, así como el politiqueo interminable de las tribus de las Tierras Altas tras el retorno del hijo de Aed y Constantino desde Irlanda, ocurrido dos siglos atrás. Mas su pueblo estaba formado por supervivientes, y nunca abandonarían sus viejas costumbres, su idiosincrasia. Catriona mantendría su fe hasta que el último aliento abandonara sus pulmones, pues era una de las hijas de Alba, su tierra, una hermana del viento y una hija del bosque.

Mientras trabajaba, la joven estuvo tarareando, y entonces se puso a inspeccionar la daga que el escoto se había dejado allí. Era una buena daga, muy parecida a la que le había regalado su hermano cuando ella tenía diez años. Los malnacidos que la habían apresado también se la habían arrebatado,

y quería recuperarla. Suspiró y tiró la daga, que cayó justo donde pensaba acertar, en el corazón del tronco en el que el escoto estaba sentado cuando lo encontró allí, bebiendo de la jarra.

*Diabhul*, ¡desde luego, era un hombre guapísimo! Un hombre que portaba vestidos, pero guapísimo de todos modos. La muchacha sonrió ante aquel pensamiento y retomó la faena, que consistía en igualar el tejado de paja que había robado de una granja cercana.

## Capítulo 4

Estaba oscureciendo ya cuando Gavin emprendió su camino para bajar del acantilado, así que decidió irse directo a casa en lugar de entretenerse por los bosques de noche.

Su abuelita a menudo había contado historias sobre un hombre que al que se le había encomendado vagar por la tierra por toda la eternidad como castigo por sus delitos. A aquel hombre se le había concedido solo una cosa, decía Fia: un tiesto de carbón mineral candente para mantenerlo caliente e iluminar su camino. Sin embargo, en vez de hacer eso, lo empleó para guiar a los viajeros a través de senderos peligrosos. La abuelita también afirmaba que aquel hombre era el creador del fuego fatuo. Por otro lado, el padre de Gavin juraba que el verdadero creador de las luces misteriosas era el gas del lodazal, no los espíritus ni las hadas.

Fuera cual fuese la verdad de ese asunto, cualquier hombre en su sano juicio sabía mantenerse alejado de los bosques por la noche en aquellos lares, especialmente solitarios en aquellos tiempos de agitación. La casa podría esperar un día más.

Aquella noche, Gavin durmió como un bebé, satisfecho de ver que todo había ido tan bien, y por la mañana, cuando se aseguró de que sus hermanos aún no estaban preparados para redoblar esfuerzos en el granero, hizo una parada rápida en el alambique para echarle un vistazo al *whiskie* de Seana. En verdad, no tenía ni idea de lo que se suponía que debía hacer si algo se torcía, excepto apresurarse a contárselo a Seana. Su alambique era todo un misterio para él: fue construido por el difunto padre de ésta, y por tanto la única persona que conocía su funcionamiento era la propia Seana. Por fortuna, todo parecía fermentar como siempre. El alambique hacía todos los ruidos que Gavin conocía, con sus resoplidos y escupitajos, que eran como los de un anciano con flema en la garganta, y el humo que salía de él era como la pipa de su abuelita Fia. Gavin hizo un mohín por el olor y se abanicó frente a la nariz para apartarlo.

Esa mañana, para no variar, había una gran multitud de gatos



repantingados junto al alambique: gatos negros, gatos blancos y más gatos romanos de los que podía contar. Por los dientes de Dios, Gavin nunca había visto tantos dichosos felinos. Si no supiera que era imposible, diría que todos se habían montado una fiesta a costa del *whiskie* de Seana. Cada día que pasaba, cada vez más gatos se congregaban alrededor del alambique, y eso no era un buen augurio para Brownie. Seguro que la pobre perra perdería la cabeza en aquel lugar. Resignado ante el hecho de que su perra estaría persiguiendo gatos para el resto de sus días, Gavin continuó hacia las lindes del bosque mientras entonaba una melodía que su abuelita le había enseñado cuando era un chiquillo:

*Oh, viento del oeste, ¿cuándo soplarás  
para que la lluvia fina caer pueda?  
A Dios le pido tener a mi amor entre mis brazos  
y que a mi lecho vuelva.*

---

Gavin no se sabía más versos, pero tampoco le importaba demasiado. Pronto tendría su casa acabada y no podía esperar a compartir la buena nueva. Es que tres hombres adultos bajo un solo techo, junto con las esposas, era demasiado para soportar.

Aún estaba cantando cuando traspasó la línea de la arboleda, hacia el claro, y por un momento, no enfocó lo que tenía ante él, pero entonces lo hizo y se dio un tropezón mientras parpadeaba, atónito.

La casa ya estaba terminada. El tejado estaba construido. Su chica pintada estaba sentada en lo alto del tejado, mientras emparejaba la última parte del techo de paja.

–¡Buenos días! –le saludó, agitando la mano desde el instante en que lo vio.

Gavin se quedó sin palabras. Por un momento, se planteó si los humos del alambique de Seana le podrían haber afectado del mismo modo que el *whiskie*, pues estaba casi seguro de estar alucinando. Avanzó con cautela, boquiabierto.

Era un buen tejado, condenadamente bueno, tan bueno como cualquiera que hubiera construido él... ¡No, era mejor! Pero aquello no era ni remotamente posible. Incluso si no fuese una mujer, construir un tejado de ese tamaño debía llevar casi una semana. «No, no es posible.»

–¿Qué es esto? –preguntó Gavin, observándola de hito en hito mientras señalaba con ímpetu al tejado.

Ella miró hacia abajo impertérrita, sonriendo, y sus mejillas descubrieron unos hoyuelos diminutos.

–Bueno, creo que lo llaman tejado, –contestó, ingeniosa–. ¿Te gusta?

¿Que si le gustaba? Pues claro que le gustaba, pero era físicamente imposible para ella haberlo completado en el tiempo en que él había estado ausente, sobre todo teniendo en cuenta que habría tenido que recoger la paja y luego unirla. Era consciente de que ahí estaba, de pie y contemplándola con cara de bobo.

–Sí, pero, ¿de dónde narices ha salido?

Ella le guiñó un ojo.

–Magia de hadas –dijo en tono de broma, con un sonido musical, como el de una canción. Después, añadió en un tono más serio:–Es mi manera de daros las gracias por este precioso vestido.

–¡Diantres! Es una túnica, ¡no un vestido! –explicó Gavin, irascible–. ¿De verdad esperáis que crea que con un simple parpadeo de vuestros bellos ojos apareció de la nada?

Ella se encogió de hombros y se acercó al borde del tejado; dejó caer las piernas por el lado y se quedó allí sentada, sonriendo a Gavin de oreja a oreja, con un aspecto demasiado hermoso, balanceando aquellas piernas desnudas, unas piernas perfectamente torneadas y esbeltas.

Gavin desvió la mirada, pues no se atrevía a mirar más arriba de sus rodillas. Aun así, a pesar de su determinación por ser un caballero, se le revolucionó el miembro viril bajo el *breacan* escocés que llevaba puesto.

–¡Por Dios! –exclamó–. ¡Bajad de ahí! ¡Bajad de ahí de inmediato!

Ese día la joven no llevaba pintura en las piernas; era como si se hubiese lavado en algún lado. Gavin intentó no pensar en ella, ahí desnuda, como el día en que Dios la trajo al mundo, mientras se lavaba en el río con aquellos dedos largos y gráciles y acariciaba sus pechos firmes. El cuerpo de Gavin se puso en tensión y la sangre le cantaba en el interior de las venas.

–¡No! –se negó ella–. No hasta que me oír que me dices *go raibh maith agat*–, lo reprendió, a pesar de que aún sonreía. Gavin sacudió la cabeza, no como rechazo a su petición de agradecimiento, sino porque aún era incapaz de creer lo que veía.

–¿Todo esto lo habéis hecho sola? –preguntó Gavin, anonadado e

incapaz de moverse por la repentina aparición de un tejado ante su visión.

–Bueno, ¿quién más crees que me iba a ayudar? –respondió la joven, al tiempo que se le juntaron las pálidas cejas en una sola. Entonces, agitó la mano a su alrededor– ¿Todos estos dichosos gatos?

–¡No, pero no es posible! –insistió Gavin, que alzó la vista al ver que ella descendía del tejado, lo que le daba una buena vista de la luna que formaba su trasero mientras bajaba.

–Por todos los santos, muchacha, ¿acaso vuestra madre nunca os advirtió de dejar las carnes al aire solo en la intimidad? ¡Es de mala educación ir por ahí enseñándolas!

Ella paró a medio camino, con las piernas colgando, mientras se sujetaba con los brazos (unos brazos que, al igual que las piernas, parecían estar acostumbrados al trabajo). Gavin podría alzar un brazo fácilmente y deslizar la mano por aquel culito para comprobar si su tacto era tan firme y tan suave como parecía.

–¿Las carnes?

Gavin le hizo una señal para que bajara, desesperado por alejarse de la tentación.

–No importa. ¡Bajad ya! ¡Por favor! –le rogó.

Ella se dejó caer hacia el suelo y se puso frente a él. De repente lo miró cara a cara con un aire un tanto contrariado.

–En mi opinión, ¡mala educación es la de un hombre que no sabe dar las gracias por un simple regalo!

Gavin tuvo la certeza en aquel instante que el deslumbrante verde de los ojos de la joven podía dejar a un hombre embelesado. Así pues, sacudió la cabeza para liberarse de él.

–Os lo agradezco –dijo por fin.

A pesar de todo, seguía sin poder creer lo que veía. Volvió a observar el tejado, y luego se aventuró al interior de la cabaña, donde inspeccionó el meticuloso techado desde abajo. La chica lo siguió, expectante.

–¿Te gusta? –preguntó, con un tono esperanzado.

Era absolutamente increíble e imposible a partes iguales.

Gavin se volvió para mirarla, totalmente confuso, mientras se rascaba la cabeza.

–¿Lo habéis hecho vos? –preguntó de nuevo, poniendo mayor hincapié en la palabra "vos" para que no hubiese lugar a dudas sobre lo que estaba

preguntando. Ella asintió, sonriendo.— ¡Es increíble! ¡A mí me habría llevado más de una semana hacerlo por mi cuenta! —admitió.

La joven se encogió de hombros como respuesta.

—¿Pero lo habéis hecho completamente sola, sin ninguna clase de ayuda?

Ella arrugó las cejas y se encogió de hombros, como si no comprendiera la razón por la que él debía estar cuando menos perplejo por la proeza, y se estaba empezando a molestar por su interrogatorio insistente.

En verdad, al mirarla Gavin se percató de que se había quitado la mayoría de la pintura que llevaba cuando la vio, solo permanecían unas pequeña manchas azules descoloridas sobre la cara y los brazos, y un poco sobre aquel cuello largo y grácil... A pesar de ello, tenía la piel tan perfecta como él recordaba. Y que lo partiera un rayo si la túnica que le había dado no le quedaba mucho mejor a ella de lo que le había quedado jamás a él. A ella le quedaba ajustada, pero no demasiado, de modo que mostraba sus curvas delicadas; le llegaba justo por encima de las rodillas, donde caía flotando sobre unos muslos esbeltos.

—No me lo creo —afirmó, volviendo la vista de nuevo al interior de la pequeña cabaña. De la noche a la mañana, se había convertido en un hogar. Una luz tenue y suave se filtraba por entre las dos ventanitas que había construido Gavin. Ahora, lo único que hacía falta eran unas contraventanas, una puerta... y un lecho. Gavin se dio la vuelta para contemplar a la mujer misteriosa, imaginándosela en la cama que pensaba traerse de la mansión. No era tan enorme como la cama de su hermano Colin, pero lo suficientemente grande para dos, y con espacio suficiente para retozar si les apetecía.

Ella aún lo observaba con el cejo fruncido, así que a Gavin se le encendieron las mejillas. Éste apartó de su mente las imágenes carnales que le estaban horadando el cerebro. Demonios, pero si aquel era su hogar, no el de la chica... aunque ella lo hubiese ayudado a finalizarlo. En cualquier caso, los pensamientos que le pasaban por la mente eran las ideas más ridículas con las que se había distraído nunca, pues la muchacha no le había pedido convertirse en su esposa. Solamente le había regalado un techo, por imposible que pudiese parecer. Entonces, Gavin la miró con suspicacia y preguntó:

—¿Qué es lo que queréis?

Ella volvió a arrugar el gesto y repitió, como si no hubiese entendido:

—¿Querer?

—Sí —inquirió Gavin—. Nadie realiza esta clase de faena por nada. ¿Cuál

es el pago que deseáis, muchacha? Porque no tengo mucho que ofreceros –se apresuró a añadir.

La joven echó un vistazo al saco que Gavin había traído de casa. Estaba repleta de vituallas para un día entero.

–Quizás un puñado de comida –sugirió ella–. Si es que llevas suficiente para compartir –ante esto, Gavin entornó los ojos con suspicacia.

–A mí me parece que si tuvieseis algo de magia de hadas podríais hacer un conjuro para conseguir vuestro propio desayuno –soltó en un tono sarcástico–. De hecho, chiquilla, ¿cómo es que podéis construir un techo tan robusto pero no podéis llenaros ese buche tan pequeño?

La joven puso los brazos en jarras y de pronto, sus ojos chisporroteaban con aquel fuego verde suyo.

–¡No necesito nada de un truhán desagradecido! –profirió. A continuación, se giró y salió de la casa mientras ponía rumbo al bosque.

Gavin la siguió, tras experimentar un instante de miedo ante el pensamiento de que desapareciera de nuevo.

–¡Esperad!

En realidad había traído comida más que suficiente, lo cual le hizo pensar que la razón era que había previsto (o incluso esperado) encontrarse de nuevo con la chica. Y precisamente aquello había dado en el clavo para explicar su repentino humor de perros, pues por primera vez en su vida, anhelaba algo que, en verdad, nunca había deseado tener. Había algo en aquella chica que lo hacía anhelar algo a lo que no podía ponerle nombre.

Gavin se paró y la contempló por encima del hombro. Los ojos verdes de la chica estaban repletos de incertidumbre. Gavin asintió, al tiempo que levantaba el saco entre los dos.

–En verdad, tengo de sobra –afirmó–. Volved aquí, muchacha. Lleváis razón, soy un imbécil desagradecido y os agradezco vuestro gesto de todo corazón–. Aun así, la joven vacilaba–. Lo lamento. No os vayáis –le pidió. Entonces, levantó el saco un poquito más, ofreciéndosela a ella–. Tengo pan, queso y tortas de avena.

–¿Tortas de avena? –Una tímida sonrisa asomó de nuevo en los labios de la chica, que se apresuró en volver. Gavin sintió como si unos gorriones empezaran a volarle por el pecho.

–¿Cómo os llamáis? –le preguntó Gavin al verla acercarse. Sintió un extraño hormigueo bajo la piel ante la visión de aquellas bellísimas piernas

corriendo hacia él.

–Mis amigos me llaman Cat –contestó ella. Gavin arqueó una ceja.

---

Piers de Montgomerie se encontraba frente a su granero, rascándose la cabeza mientras contemplaba el tejado de paja que faltaba. Desde luego, parecía que la carretilla habían estado repleta de fardos de paja, pero estaba colocada exactamente en el mismo sitio donde él la había dejado y se encontraba vacía, salvo por un par de ramitas sueltas.

Se habían estado preparando para poner un nuevo tejado sobre la pequeña capilla que su esposa había construido para su cuñado Gavin, pero ahora el material había desaparecido. Meggie tenía la certeza de que aquello era solo otro retraso, pero no era así. Y aun así, había que admitir que, en una escala de prioridades, construir una iglesia para que su hermano pequeño soltara sermones que Piers no quería escuchar estaba a un nivel muy inferior a, por ejemplo, reconstruir un granero o reparar la maldita valla que sus hermanos habían destruido en el curso de sus disputas.

Además, por supuesto, últimamente Gavin apenas parecía interesarse por los sermones. Piers no recordaba la última vez que el chaval había venido de visita. Se había vuelto taciturno y estaba casi siempre enfrascado en sus pensamientos.

–Estaba todo aquí... y luego desapareció. ¡Lo juro, Lyon! –se disculpó Baldwin.

Piers sacudió la cabeza, y no solo por aquella afirmación, que era evidente en sí. En realidad, lo que deseaba era que su amigo de siempre cesara de emplear aquel estúpido epitafio, Lyon. Sus hombres le habían puesto ese nombre tras una batalla especialmente violenta en la que dijeron que apareció ante ellos descendiendo el campo de batalla con su larga melena dorada y la cara ensangrentada, al igual que un león justo después de matar a su presa. No era un honor del que estuviera particularmente orgulloso, sobre todo ahora que sus únicas aspiraciones eran la de ser un buen marido y buen granjero. Se había acostumbrado bastante bien a la vida reposada y ya no tenía estómago para continuar luchando.

En aquel momento, Baldwin ladeó la cabeza para mirarlo de soslayo.

–Si no supiera que es imposible, pensaría que los Brodie han vuelto a robarnos.

Como respuesta, Piers volvió a sacudir la cabeza.

–Meghan pediría sus cabezas en una bandeja. Puede que no teman represalias por mi parte, pero no enfurecerían a su hermana ni por todo el oro del mundo.

Baldwin soltó una carcajada, pues bien sabía que aquello era cierto. Incluso Piers se acobardaba ante la perspectiva del mal genio de su esposa, ya que Meghan tenía la lengua mucho más afilada que la mayoría de espadas y un ingenio el doble de cortante.

–¿Ahora qué? –preguntó Baldwin.

Piers suspiró, preguntándose lo mismo.

En realidad, nunca había esperado convertirse en terrateniente y estaba aprendiendo sobre la marcha a lidiar con aquellos astutos escoceses. Había llegado a sentir una profunda admiración por ellos, pues libraban sus batallas con un extraño código de honor que le llamaba la atención. Si te robaban la cabra, tú les robabas las ovejas, y así sucesivamente. Todo se hacía abiertamente, como si robarle a tu buen vecino fuese la cosa más natural y honorable. Sin embargo, había aprendido que nunca se debía acusar a nadie sin pruebas, pues defendían a la familia con uñas y dientes hasta el último aliento. Mas los hermanos Brodie ya habían conseguido aceptar a Piers y no creía que ellos volvieran a robar nunca más, especialmente porque se suponía que ese botín en concreto iba a beneficiar al benjamín del clan. No, había algo más que no encajaba en todo ese asunto.

Mientras se rascaba la cabeza, se dio la vuelta y salió del granero hacia la brillante luz del sol, y lo único que encontró fueron unos jinetes aproximándose en la lejanía. Entornó los ojos para ver el estandarte, y entonces distinguió el oro reluciente, y en el centro, el león rampante del color rojo de la sangre real. El estandarte del rey David. Pese a su pésima reputación por aquellos lares, solo cabalgaba junto a un puñado de hombres. Baldwin y Piers intercambiaron una mirada llena de inquietud, pues pese a la amistad que compartía este con David, ambos sabían que la presencia del Rey por allí implicaba problemas.

Esperaron juntos a campo abierto hasta que los jinetes frenaron los caballos frente a ellos. De inmediato, Piers se percató de las caras de pocos amigos que traían los hombres de David.

–Vuestra Merced... ¿qué os trae por estos lares tan pronto tras la última visita? –preguntó.

El caballo de David, que estaba igual de agitado que su jinete, protestó por el peso, y el rey, ansioso, desmontó de su grupa. Se acercó a Piers para besarlo de manera fugaz como saludo y se colocó ante ellos, con los brazos en jarras. Sus hombres permanecieron montados, con caras de perro y sudando.

–Hemos traído un prisionero desde el Mounth –anunció sin preámbulos–. Una mujer.

Piers alzó una ceja, puesto que entre los recién llegados no había ninguna mujer.

–La hemos perdido –repuso David con irritación, pues evidentemente adivinó lo que estaba pensando Piers–. La muy perra se desató cuando nadie miraba y golpeó a Dùghall justo encima de la cabeza. –Entonces inclinó la cabeza hacia uno de los hombres sentados, tenso en su montura, con un chichón en la frente del tamaño de los huevos de un hombre.

–¡Dios bendito! –exclamó Piers, aunque más en respuesta al tamaño del chichón que tenía el pobre hombre en el coco–. ¿Quién era? Debía ser una mujer bien robusta para dejarle una marca como esa.

–La hermana de un jefe rebelde del norte. Iba a convertirse en miembro de la guardia de la corte inglesa hasta que tuviese edad suficiente para casarse. ¡Por desgracia, escapó antes de que pudiésemos llegar a Chreagach Mhor!

Piers se quedó completamente de piedra.

–¿Y MacKinnon ha accedido a tal cosa? –El terrateniente MacKinnon que conocía ya no formaría parte de un plan así, al ver que en uno similar su propio hijo se había convertido en un peón político. De hecho, había recorrido grandes distancias para asegurar el buen retorno de su hijo, lo que incluyó robarle la hija a su enemigo para intercambiarla el suyo. Que hubiese perdonado a David después de todo aquello era tan solo el testamento del mal genio de MacKinnon, y el mero hecho de que se había enamorado profundamente de su esposa inglesa. Mas la buena ventura de Iain solo llegaba hasta ahí, y Piers estaba impactado por el hecho de que David estuviese dispuesto a correr un riesgo así de nuevo, ya que, por muy rey que fuese, su manera de gobernar no era la preferida por aquellos lares.

A David se le endureció la mirada. Por muy amigos que fuesen Piers y él, no le gustaba que cuestionasen sus edictos.

–Aún tenemos que revelarle la identidad de la chica –confesó, y al darse



cuenta de repente de que Piers se preguntaría la razón por la que se arriesgaría a despertar la ira de Iain cuando Piers era su aliado más potente en estas regiones, añadió:– Chreagach Mhor era la única fortaleza en la que confiábamos retener a la jovenzuela hasta que llegase una escolta de Londres.

Piers no pudo evitar echarse a reír.

–¿Necesitáis una fortaleza para contener a una chica? –Entonces desvió la mirada de nuevo al chichón en la frente de Dùghall y sacó sus propias conclusiones, por lo que decidió que lo más sabio era contener la lengua. Mientras, las peludas cejas de David colisionaron en una sola debido a la furia.

–Deduzco que no la habéis visto.

–No le hemos visto el pelo, no –dijo Piers, sacudiendo la cabeza.

–¡Maldita sea! ¡Pues la hemos buscado por todas partes! Aunque no me creo que se haya aventurado por este camino. Imaginaba que trataría de volver a su hogar.

Como David tan solo llevaba un puñado de hombres con él, era evidente que MacKinnon no se había sentido obligado a ayudar en la búsqueda. Piers dudaba que fuese sensato ofrecerle su ayuda, pero sí sintió que al menos debía ofrecerle a su señor feudal un lugar donde quedarse.

–Desgraciadamente, no podemos. Si encontrásemos a la joven, nos haría falta la prisión de MacKinnon. –le expuso David, y entonces se giró para calmar a su montura, golpeándole la zona de la cruz–. ¡De tanto lamer culos me voy a estar quitando pelos de entre los dientes durante una temporada! ¡Maldita perra insubordinada!

Piers se acordó de los hermanos de Meghan y su desesperada lucha para traer a su hermana de vuelta a casa. Entonces se preguntó por la familia de la mujer desaparecida. Pese a que a él le había funcionado, ya no podía consentir tácticas tan crueles como la de capturar a una chica y alejarla de su gente, pues eran personas de carne y hueso, no peones sobre una tabla de ajedrez.

–Me mantendré ojo avizor por si la veo ahí fuera –prometió al tiempo que David volvía a montar sobre su corcel. Aunque lo cierto era que deseaba no cruzarse con ella.

David sacudió la cabeza cuando estaba ya montado y repitió las mismas palabras de antes:

–¡Maldita perra insubordinada! –A continuación le dio la señal de

partida a sus hombres y estos se alejaron con premura, dejando atrás a Piers y Baldwin que mientras tanto los siguieron con la mirada.

–Odio decirlo –aventuró Baldwin, sabiendo que podía hablar abiertamente con Piers–, pero creo que David ha intentado hincarle el diente a mucho más de lo que podía masticar al reclamar el trono de Scotia. La paz entre clanes no llegará así de fácil.

Piers observó cómo desaparecía en el horizonte su amigo y señor y suspiró profundamente.

–No lo sé –dijo, desgarrado–. La tierra que tengo fue una vez el claro más precario de todos, y aun así ahora hay paz incluso entre los más recelosos de la zona –no le importaba admitir la verdad–. Lo cierto es que su estrategia es brillante. Si consigue casarlos a todos, nunca tendrá que desenvainar la espada ante ninguno.

–Cierto –concedió Baldwin.

–Sin embargo... Rezo porque sepa pisar con pies de plomo, pues estos no son hombres a los que debas enfurecer.

---

«Cat. Un nombre muy felino.»

Gavin alzó las cejas con extrañeza. Seguro que era solo una coincidencia, pensó. Solo porque hubiese aparecido de la nada con toda la pinta de una elegante minina no significaba que fuese alguna clase de hada transformada en gata. Y solo porque hubiese construido su tejado más rápido de lo que cualquier hombre lo hubiese hecho no significaba que lo hubiese hecho con alguna clase de magia, ni que hubiese tejido la paja que había aparecido tan misteriosamente como ella.

«No es una hada». Gavin no creía en aquellas cosas... solo que últimamente le estaba costando mantener su propia fe. En cualquier caso, las hadas no comían de la misma forma que ella: lo suficiente para un hombre del doble de su tamaño. Al menos, Gavin pensaba que no.

Sentados los dos sobre el mismo tronco, compartió su almuerzo con Cat... mejor dicho, él picoteó un solo pedazo de queso mientras la observaba a ella devorar su comida. Gavin había extendido el saco en el suelo y había puesto el contenido encima, para que pudieran comer los dos de ahí. Sin embargo, teniendo en cuenta que él ya había comido esa mañana y que aún no habían dado las nonas, no tenía demasiada hambre todavía. Por otro lado,

Cat parecía no haber comido durante días. Estaba sentada, llenándose la boca con mayor rapidez de la que podía tragar los alimentos del saco de lino. Desde que Gavin era un crío, cuando se sentaba a la mesa con sus dos hermanos y un padre glotón, no había visto semejante ansia por comerse cada migaja.

–Si yo comiese así –le dijo Gavin–, sería igual de grande que esta casa.– No lo decía en tono de reproche. Tan solo estaba impactado, y al haber convivido con dos hermanos y una hermana muy deslenguada, no estaba acostumbrado a callarse las cosas.

Cat se paró en seco a mitad de llevarse a la boca un trocito de torta de avena, y se quedó mirando a Gavin con una ligera expresión de horror, como si acabara de darse cuenta de la rapidez con la que se había ventilado el almuerzo.

–No paréis –la tranquilizó Gavin–. Si estáis hambrienta hay mucho más en el sitio del que lo he traído. Solo es que no consigo comprender cómo seguís siendo tan pequeñita.

Cat sonrió, pero antes se llevó otro trocito a la boca. Entonces, cuando se lo hubo tragado, dijo:

–Mi hermano dice que es porque llevo la maldición del duende glotón.

–¿El duende glotón?

Cat se inclinó para susurrarle la explicación al oído, como si fuese un secreto.

–Uno de los seres invisibles. Te roban la comida, y así no te puedes alimentar. –Entonces asintió, miró de reojo a su lado (donde no había absolutamente nadie sentado) y se llevó un dedo a los labios, como si lo estuviera mandando a callar.

Gavin la observó, totalmente perplejo. Toda aquella situación se iba volviendo cada vez más rara por momentos. Cat no era una gata, tampoco una hada, y desde luego, ¡no compartía su comida con algún tipo de duende ladrón de tortas! ¡Gavin no se lo creyó, ni por un solo instante!

–¡Esto está muy bueno! –afirmó Cat mientras partía otro trozo de queso y se lo metía en la boca.

Gavin no pudo evitar soltar una risotada. Nunca en su vida había visto a una mujer comiendo con tanta pasión irrefrenable. Solo para asegurarse de que comía lo suficiente, empujó su porción un poco más hacia el centro. Ella cesó de masticar mientras observaba cómo hacía el reparto de vituallas sobre

el saco, y entonces se giró y lo agradeció con otra de sus brillantes sonrisas.

Gavin sintió una punzada de agitación en el estómago que se le subió directa hacia el pecho. Dios, si pudiese presenciar una cosa así todos los días, renunciaría a todas las comidas encantado.

–Gracias –dijo Cat en voz baja–. De donde yo vengo, si no puedes conseguir tu propia comida, no comes nada de nada.

–A mí me pasa lo mismo –confesó, mirándola circunspecto–. ¿Y de dónde decíais que veníais?

Desde el primer momento en que Cat había aparecido, la curiosidad había sido una fiel compañera de Gavin. Cat subió las rodillas y se las abrazó mientras hablaba, como si fuera un niño.

–De aquí y de allá... –dijo ella con aparente elocuencia, aunque miraba de reojo a Gavin y desviaba la mirada rápidamente. Estaba ocultando algo, seguro. Él lo percibía, y sabía que no tenía nada que ver con la magia.

–Sí, bueno, creo que he estado allí alguna vez –bromeó él al darse cuenta de que Cat no le iba a contar la verdad de todos modos.

Ella se echó a reír, y metió los pies, aquellas cositas tan hermosas, en la tierra. Allí, que estaban más cerca del bosque, labrar la tierra era más sencillo, mas Gavin no quería plantar su jardín en un lugar demasiado cerrado, por miedo a que no le diera de pleno la luz solar. Tampoco deseaba tropezarse con todas las raíces que sobresalían del suelo.

–¿Y qué hay de ti? ¿Has vivido aquí toda tu vida? –preguntó Cat.

–Cerca de aquí –contestó él. A continuación, le puso al corriente sobre su casa, sobre el matrimonio de su hermana con un inglesito y la contienda que lo había iniciado todo. Cuando Piers de Montgomerie reclamó propiedad sobre su llano a David de Scotia, ninguno de los clanes circundantes estuvieron dispuestos a aceptarlo. En realidad, Gavin no tenía ni idea de quién robó la primera cabra, pero entonces empezó una contienda por competir contra los MacKinnon y los MacLean. Al final, Montgomerie había capturado a la hermana de los Brodie y no le había faltado tiempo para casarse con ella (y ganarse el amor de Meggie en el proceso de algún modo), una tarea nada fácil. Para Gavin, era lo único que importaba. Si su hermana era feliz, él también.

También le contó a Cat lo de sus hermanos y sus respectivos casamientos: lo de que la mujer de Leith se había fijado primero en Colin y que Seana codiciaba a Broc, mientras que Gavin no deseaba a mujer alguna.

Al final, Colin se enamoró perdidamente de Seana y Leith perdió la cabeza por Alison, mientras que Broc, que había deseado en secreto a la esposa de su señor feudal, se casó con una de las primas inglesitas de Piers de Montgomerie.

De pronto, la forma en la que Cat estaba mirando a Gavin lo hizo sentirse incómodo, como si ella percibiera de algún modo la razón por la que se había alejado del hogar. Cat no dijo ni una palabra, pero fue por esa mirada cargada de astucia, junto con un toque de compasión que a él le resultaba totalmente desconocido, salvo por las veces en las que él se miraba a través de sus propios ojos.

Gavin le explicó además lo de su trato con Seana, para que pudiese entender mejor por qué se encontraba allí... alejado de su familia. No era solo porque no pudiese soportar presenciar en tantas ocasiones algo que él nunca tendría. Gavin estaba feliz por todos sus hermanos, realmente encantado por ellos.

Sin embargo, habían pasado ya veinticuatro años sin haber siquiera besado a una mujer. Solo se había acostado con una, pero se arrepintió inmediatamente después, pues una vez que sació el hambre de su cuerpo, ella huyó con aspecto avergonzado, y Gavin la dejó marchar, puesto que no sabía exactamente qué hacer, porque no la amaba. Solo se había comportado como un crío presumiendo de miembro viril. Y ahora, cada vez que se veían, ella desviaba la mirada (sobre todo en presencia de su marido).

A partir de aquello, Gavin había luchado mucho para negar aquella parte de sí mismo que su hermano Colin y su padre parecían incapaces de reprimir. Aunque su hermano era de corazón puro, de alguna forma Colin nunca se percató de las lágrimas de Gavin al despertar. Mas éste y su alma habían llorado cada vez que le rompían el corazón, pues recordaba entonces la melancolía tan terrible que había visto reflejada los ojos de aquella chica. Y después, se había enfrascado tanto en los estudios y en su escritura que cuando las mujeres lo veían aproximarse, salían corriendo hacia la dirección contraria. Incluso su hermana Meggie hacía un mohín ante la perspectiva de entablar una mera conversación con él, pese a la pequeña iglesia que había construido para él.

Gavin no se había percatado de cuánto tiempo había estado callado, cavilando, hasta que Cat rompió el silencio:

—¿Y dices que Seana vivía aquí completamente sola? —Gavin asintió.

–Sí, con su padre... hasta que se desposó con mi hermano Colin. – Entonces apuntó en dirección al bosque–. Sus alambiques se encuentran allá.

Cat le dio un mordisco a su torta de avena, al tiempo que asentía.

–Lo he visto. Su *uisge beatha* huele a licor de buena calidad –le dijo a Gavin, empleando el nombre del *whiskie* en la lengua antigua–. Pero no lo he probado. Trae muy mala suerte beber de un licor nuevo antes de que se haya ofrecido la libación y yo nunca me atrevería a desgraciar el licor de un hombre... o el de una mujer –rectificó entre risas–. Mas creo que Seana es generosa contigo.

Las cejas de Gavin acabaron colisionando al recordar todos aquellos gatos que rodeaban el alambique. Era imposible que Cat hubiese visto a Seana en plena faena. No, era ridículo que hubiese sido una gata siquiera... allí sentada, observando desde las sombras del bosque.

–¿Cómo lo sabéis? –dejó caer él mientras exploraba la mirada de ella. Los ojos de Cat eran de un verde tan oscuro que hacían que uno pensara en un prado fértil y fresco. Mas aquellos no eran ojos de gato, en absoluto. Cat le brindó otra sonrisa mientras arrugaba los pies dentro de la tierra.

–La hierba que rodea el alambique está casi seca.

–¡Ajam! –Exclamó Gavin. Era cierto: no crecía ni una dichosa planta cerca del alambique en una yarda a la redonda, por lo menos. Se planteó distraídamente qué le haría el *whiskie* al estómago de un hombre si era capaz de quemar la hierba, pero se guardó el comentario para sus adentros.

–¿Sabes que el *uisge beatha* tiene poderes curativos? Es un regalo de los dioses, y tan solo a unos pocos mortales se les ha encomendado custodiar las antiguas recetas. Seana es una mujer muy afortunada.

Gavin nunca había visto el *whiskie* de Seana desde aquella perspectiva.

–¿Un regalo de los dioses? –repitió, mirando al suelo y asintiendo sin estar del todo seguro sobre si estaba de acuerdo.

–Y eres un hombre muy afortunado si ella comparte la receta contigo –añadió Cat–. Seana debe confiar mucho en ti.

–Yo no he dicho eso –la corrigió Gavin–. Simplemente he dicho que le suministraría el grano necesario y que ella compartiría sus beneficios conmigo. –Cat se paró a pensarlo por un instante y asintió.

–Tiene sentido –dijo ella.

Quedaba una torta de avena y Gavin la señaló para que Cat la cogiera. Sus delicadas cejas se crisparon.

–¿Estáis seguro? No habéis comido demasiado –protestó.

–Estoy lleno, chiquilla, y vuestra compañía me compensa –se reafirmó Gavin.

Por lo que vio, la cara de la chica se iluminó desde el interior. Sus ojos verdes resplandecieron con fuerza. Gavin, que de pronto sintió la necesidad de limpiarle un poco de pintura azul que le quedaba en el pómulo, alargó la mano para hacerlo. Era solo una pizquita de pintura, ni siquiera lo suficientemente grande como para captar la atención de nadie, a menos que estuviese escudriñando cada centímetro de su carita preciosa, que era exactamente lo que Gavin hacía. Cada vez que ella se giraba, Gavin se sorprendía estudiando cada pequeño detalle: desde aquella boca tan deliciosa que se curvaba hacia arriba por naturaleza hasta aquella diminuta naricita de botón.

Al principio ella retrocedió, pero en cuanto se dio cuenta de que Gavin solo quería limpiarle la cara, se mantuvo quieta y le dejó quitarle la mancha.

–Eres un buen hombre. Si te parece bien, me encantaría ayudarte a terminar de construir tu hogar –ofreció Cat de golpe.

Gavin respondió demasiado rápido, al tiempo que le quitó las manos de golpe.

–No necesito ayuda –afirmó a la defensiva. Enseguida se arrepintió, puesto que los hombros de Cat se desplomaron y su sonrisa se desvaneció en cuestión segundos–. Mas... Si os complace a vos, sí, podéis contribuir –rectificó con rapidez.

Así pues, Cat volvió a componer su sonrisa más brillante y cogió la última torta de avena, no sin antes agitarla en el aire frente a Gavin una última vez para darle la oportunidad de protestar. Como no lo hizo, ella empezó a comérsela lentamente, saboreando aquel dulce tan delicioso, y Gavin sintió la alegría hasta el tuétano. De algún modo, la presencia de Cat lo reconfortaba, y la verdad sea dicha, le deleitaba más su compañía que la construcción de su nuevo hogar. De hecho, le deleitaba más el mero hecho de hablar con ella que todo lo que había hecho en su vida. Gavin no se atrevió a analizar aquel hecho en profundidad.

Los dos juntos pasaron el resto del día trabajando la parte de la puerta, y para el ocaso había una puerta recia y bien puesta en su lugar.

–¿Dónde habéis aprendido a realizar semejante trabajo? –preguntó Gavin.

–Yo nací enseñada –respondió Cat con un guiño.

Gavin arrugó el gesto ante aquella respuesta. Tras haber hablado los dos durante casi todo el día, aún sabía poco menos que nada sobre ella.

–Has elegido un buen lugar para tu casa –aseguró ella, tras alejarse los dos un poco para admirar el trabajo de todo el día.

Acurrucada bajo el seno del bosque, la casita no era visible a campo abierto, ni tampoco estaba demasiado cerca de los árboles como para que una buena chispa de cualquier tormenta pudiese poner en peligro la arboleda. Además, al estar situada a los pies de Chreagach Mhor, se salvaría de los peores vientos de las Tierras Altas. Por encima, Chreagach Mhor se alzaba contra el cielo de la tarde, un majestuoso señor feudal que reinaba sobre todo el paisaje. Cat examinaba la casita con los brazos cruzados.

–Caillach Bheur te sonrío desde el cielo –le brindó a Gavin.

Caillach Bheur era la madre del invierno, de rostro azul, que creó las montañas para proteger a los seres vivos de los vientos más penetrantes. Gavin alzó la mirada hacia la fortaleza que había a lo alto del acantilado; el sol del ocaso perfilaba su enorme torre, que lo hizo estremecerse al recordar a la primera esposa de MacKinnon. Tras haber puesto en brazos de su marido al nuevo retoño, se había colgado de aquella ventana de la torre. Su muerte había desencadenado una contienda que duraría treinta años y que obligaría a todos los clanes vecinos a elegir un bando. Todos habían escogido el bando de MacKinnon, aunque eso no era de extrañar. Ahora que su nueva mujer le había dado un nuevo bebé, eran tiempos de júbilo. Por la noche, aquella torre gris con la luz dorada en la ventana superior se asemejaba a una vela en la oscuridad. Una luz guía, como un faro.

–¿Creéis en los antiguos dioses? –le preguntó Gavin a Cat, tanto por curiosidad como por apaciguar su mente, que últimamente bullía de preguntas. Cuando la vio por primera vez, llevaba el color añil de los pintados, algo que nadie, ni siquiera su abuelo, habían presenciado de primera mano, pues aquel pueblo, al igual que sus historias, habían desaparecido de los recuerdos de los vivos mucho tiempo atrás. Ahora parecía que no habían sido más que una leyenda, salvo por la mujer extraña que se sentaba a su lado.

Cat bajó las manos y las colocó en las caderas, ladeó la cabeza y le lanzó a Gavin una mirada inquisitiva, como si lo estudiara. Luego, se encogió de hombros.



–¿Qué importancia tiene lo que uno crea, Gavin Mac Brodie... mientras que crea en algo?

Gavin parpadeó ante aquella respuesta, anonadado por su simplicidad.

–Con la fe, no hay preguntas... En cambio, sin la fe, lo que no hay son respuestas –razonó Cat.

De un plumazo, había desmontado la curiosidad de Gavin y su ambivalencia. Se quedó allí mirándola, admirando aquel bello rostro suyo, aquella belleza que permanecía intacta pese a la roña de debajo de las uñas o las motas de suciedad sobre los pómulos.

–Solo me preguntaba de dónde venía lo de pintarte de añil, eso es todo.

–Es lo que hacen los míos –contestó Cat, cuyos ojos verdes resplandecieron con fiereza. Su expresión disuadió a Gavin de seguir preguntando.

El chico suspiró. Por lo que parecía, su destino era quedarse con las ganas, porque a no ser que la atara y la torturara para sacarle las respuestas, ella no parecía dispuesta a darle ni una.

Cuando a Gavin le llegó la hora de marcharse, sintió una profunda decepción, aunque poco tenía que ver con tener que dejar su casa, ya casi completa. Descubrió que no estaba del todo preparado para dejar a Cat, aunque sabía que debía haberlo. Conocía los bosques, pero no tanto como para querer ir deambulando por ellos de noche entre la niebla trepadora.

Sabiendo de alguna manera que ella no vendría con él y con la esperanza de encontrar una forma de mantenerla cerca, Gavin le ofreció a Cat utilizar su casa. No había ninguna razón para no darle un buen uso a ese techo, pensó, sobre todo al haber sido ella la que lo había construido. De todas formas, Gavin empezaba a sospechar que Cat no tenía otro sitio al que ir, porque no parecía tener mucha prisa por irse de allí. En esta ocasión, Gavin le dejó la daga a propósito por protección, su tartán para mantenerse caliente y toda la comida que quedaba en el saco. Y aun así, se resistía a dejarla allí.

Durante un buen rato, mientras que ella estaba apoyada en el quicio de la puerta de su nuevo hogar, envuelta en el tartán de él, a Gavin le invadió una sensación de deseo... de querer alargar los brazos... y tocarla. Había algo en los ojos de la chica que lo incitaban, y sin embargo... ni siquiera él se fiaba de sí mismo, ni tampoco sabía con certeza qué era lo que se esperaba hacer. Gavin solo sabía que su cuerpo la ansiaba, y que si le concedieran la mínima oportunidad, le encantaría sentir la suave calidez de la flor de la chica, que lo

recibiría de piernas abiertas.

Gavin tragó saliva con dificultad y dejó por fin a Cat. Se apartó de la puerta a regañadientes, le dio la espalda a la chica e incitó a sus piernas a poner rumbo hacia el bosque. Miró hacia atrás una única vez... mas aquella fue su perdición, porque bajo el crepúsculo, ella parecía un sueño... una quimera encantadora que desaparecería con el susurro más suave del viento. Cat agitó la mano como despedida, y Gavin se volvió de nuevo y se obligó a marcharse, rezando porque ella aún estuviese allí por la mañana.

El chico decidió que aquella noche le contaría a sus hermanos que pensaba mudarse. Quién sabía a dónde iría Cat cuando él tuviese que ocupar su nuevo hogar... Mas tal vez, si ella fuese afable, la ayudaría a encontrar un refugio entre sus parientes. Empezó camino a casa con aquello en la mente, lo que le hizo ver los bosques con una luz completamente nueva.

Mientras las luciérnagas brillaban para iluminarle el camino y todos los gatos parpadeaban al verlo pasar, pensó en el fuego fatuo. Quizás, solo quizás había magia de verdad por aquellos lares. Si aquello era cierto, seguro que Cat era una hada, pues había una luz en su mirada que Gavin nunca antes había visto. Entonces suspiró, pensando en que vería aquellas bellas joyas verdes por la mañana.

Por segunda vez en solo unos días, Gavin estuvo silbando y cantando durante todo el camino hacia su casa.

## Capítulo 5

Apenas un rayo de luz de luna se asomaba entre la espesa niebla del exterior. La ventana de la torre permanecía abierta por el momento, pero las noches eran cada vez más frías y el aire ni un ápice de calidez más tarde del ocaso.

Glenna, la comadrona, apareció en la puerta del dormitorio de los MacKinnon, con aspecto orgulloso, aunque Iain MacKinnon solo tenía ojos para su mujer y su nueva hija. Sentado en el lado de la cama de Page, el marido mimaba al bebé, sonriendo mientras la acercaba a su cara y acariciándole con los nudillos aquellos pómulos diminutos como gesto de adoración.

–Creo que ha sacado tu nariz –afirmó Page, al tiempo que le hacía un gesto a Glenna para invitarla a pasar.

–¡No digas eso! –replicó Iain con indignación y las cejas fruncidas–. ¡Solo te veo a ti en esta niña tan dulce!

Page apenas estaba por la labor de discutir, pero tenía la certeza de ver en el bebé la nariz de Iain, así como sus ojos: dos ámbares tocados por la luz del sol.

–Si los tortolitos han terminado ya con sus arrullos... Hemos tenido una visita muy breve de un *Bodachan Sabhaill* –dijo Glenna, reclamando la atención de la pareja.

Iain, al ver la expresión de extrañeza de su mujer, explicó:

–Hay un fantasma en el granero.

–¡Nos faltan un montón de velas nuevas! –exclamó Glenna, furiosa–. ¡Ah, demonios! ¡Si nos habíamos pasado el día dándole forma a las candelas, y luego las pusimos todas en plano para endurecerse! ¡Y ahora han desaparecido! ¡Hasta la última vela!

–Ofréceles las velas restantes a nuestros invitados –le pidió Iain amablemente–. No te preocupes, Glenna, nosotros podemos usar brea.

–¡Ni hablar! ¡No con el bebé aquí! –exclamó Glenna, que no se movía de la puerta–. ¡El humo le ennegrecerá los pulmones!

Tanto Iain como Page la miraron, haciendo el amago de sonreír ante

aquella exageración. Indudablemente, aquella niña estaría protegida y consentida por parte de cada miembro de su clan, sobre todo por su hermano mayor, que se encontraba en cama más pronto de lo normal tras haberse pasado todo el día (literalmente) junto a la cama del bebé, protegiéndola, según decía, de las malvadas hordas inglesas. Sin duda, el crío aún se sentía un poco inseguro tras el mal trago de la visita de David, pese a que Iain le había asegurado que nadie se llevaría al bebé. El pobre chico casi se había quedado dormido de pie, y Glenna lo llevó enseguida a una cama decente. Entre tanto, Glenna gruñó por lo bajini:

–¿Por qué malgastar nuestras mejores reservas en esos inglesuchos, que adoran al holgazán?

El holgazán en cuestión no era otro que el rey David de Scotia. Iain y Page intercambiaron una miradita divertida. Por lo que parecía, su hijo mayor no era el único que estaba afilando el hacha de guerra.

–Dale a David las velas restantes –le pidió Iain a Glenna, para consternación de ésta.

La luz de la habitación pareció ensombrecerse con su expresión, parecía casi como si ella lo hubiese deseado. Aunque de hecho, las velas que quedaban se habían consumido hasta el fondo y las mechas se habían hundido en la cera.

–Nos podemos apañar hasta que se marchen y mientras tanto, podéis hacer más –sugirió Iain. Entonces le guiñó un ojo a Page que brillaba repleto de amor. Glenna suspiró.

–¿Y cuándo ocurrirá, por un casual? Esos haraganes están aquí desde hace más de una semana y no hay ni rastro de la chica. ¿Cuándo se marcharán?

–Cuando se aseguren bien de que ella ha abandonado la zona –planteó Iain–. Según parece, David desea casar a la joven con un lord inglés para apaciguar al hermano de ésta, aunque ella no parece muy dispuesta.

–¡Bueno, eso es decir poco! –dijo Page entre dulces risas.

–¡Qué vergüenza! –reprendió Glenna a Iain–. ¿Cómo podéis dar cobijo a ese hombre odioso después de que os hiciera a vuestro hijo lo mismo que le quiere hacer a ella, separarla de su familia? Me importa un bledo que él diga que es por el bien común. ¿Quién le ha dado el derecho de hacer semejante barbaridad?

–Es un pretendiente legal al trono –razonó Iain.

–¡Qué más da! ¡Vos también lo sois! –contestó, dando un pisotón en el suelo–. ¡Y para el caso, vuestro hijo también lo es! ¡Y mi puño también! –afirmó, levantándolo en el aire para que lo vieran Iain y Page.

Page se echó a reír, aunque sabía que aquella conversación solo serviría para caldear el ambiente. En aquel momento, Iain se encontraba embelesado con el bebé, pero Page sabía que Glenna no se marcharía de allí hasta despertar la cólera de su marido.

–No es lo mismo –aseguró ella.

–¿Ah, no lo es? –respondió Glenna, que puso de nuevo los brazos en jarras.

–No vivamos en el pasado –replicó Iain, sonriendo ampliamente al bebé–. No en presencia de tanta esperanza. –Entonces, empezó a hacerle cosquillas en la barbilla al bebé con los labios.

–Muy bien –cedió Glenna–. ¡Mas que sepáis que no me gusta! –declaró, y se marchó de allí enfurecida.

Iain se levantó de la silla sin mirar hacia la puerta. Dejó a su hija en los brazos de Page con una cálida sonrisa, y le dijo:

–Te amo, mi tierna esposa. Y que sepas que es igualita a ti.

Page sonrió, pero no respondió, pues pensaba que su esposo era terco y estaba ciego; por desgracia, ciego de amor por ella. Por primera vez en su vida, comprendió el poder de tal devoción.

Lo observó mientras él se dirigía hacia una de las candelas menguantes y la levantaba junto con su candelero. Acto seguido, la llevó hasta la lamparilla de brea, quitó la vela del candelero y encendió con ella la brea, que ardió de inmediato e iluminó la estancia con un turbio brillo anaranjado.

–¿Cuándo creéis que se marchará? –aventuró Page mientras admiraba la hermosa anchura de los hombros de su marido. Iain se volvió hacia ella; las lenguas de fuego de la vela se reflejaban en la profundidad de sus ojos ambarinos.

–Espero que pronto, a menos que se me agote la buena voluntad. Por los clavos de Cristo, en verdad sabe buscarse enemigos.

–Eso es porque parece totalmente despreocupado por pisarle el cuello a quien sea en nombre de la paz –razonó Page con sinceridad, que se había puesto muy seria. Mecía al bebé entre sus brazos, pero de pronto se estremeció ligeramente al recordar lo que le habían hecho al hijo de Iain. El pobre chiquillo dejó de hablar durante meses después de habérselo arrebatado

a su padre, pero Page no se atrevía a recordárselo a su marido. Aun así, necesitaba preguntarle algo más—: ¿Estás seguro de que puedes confiar en él esta vez?

Iain apagó la vela y la puso de nuevo en el candelero. Entonces colocó ambas cosas sobre una mesa y se dirigió hacia la ventana; cerró las contraventanas antes de volver a la cama. Su sonrisa se desvaneció, y bajo aquella luz infernal, Page olvidó con facilidad el poco entusiasmo de su marido. Bajo el brillo anaranjado de la lamparilla, los ojos de Iain se ensombrecieron al mirar hacia su retoño, recostada en los brazos de su esposa. No le hizo falta decir nada, pues ella supo instintivamente lo que le pasaba a su marido por la mente.

—La confianza no tiene nada que ver con esto —le dijo a Page—. Por muy rey que sea, si David me vuelve a traicionar, le arrancaré el corazón, y me consta que él lo sabe. Aunque solo para estar seguros, permaneceréis aquí, a salvo en nuestros aposentos... El bebé, mi hijo y tú dispondréis de un centinela en todo momento.

---

Como estaba planeado, Gavin anunció a sus hermanos la noticia de su marcha inminente. A nadie parecía sorprenderle lo más mínimo, y tampoco estaban decepcionados. De todos modos, el nuevo plan los había desconcertado a todos de igual forma, puesto que protestaron un poco, asegurándole a Gavin que la mansión siempre sería su hogar, especialmente durante los largos inviernos, cuando los vientos helados calaban hasta el tuétano.

Gavin estuvo a punto de contarles también lo de Cat, pero por alguna razón se reservó aquella información para él, quizás para no sentir que estaba escurriendo el bulto tan fácilmente. La presencia de Cat en su casa iba a ser temporal de todas formas, y en verdad los inviernos se harían cada vez más largos y fríos. Para entonces, seguro que Seana habría mejorado mucho con su *haggis*, y a Gavin le reconfortaba saber que tendría un lugar al que acudir.

Aunque aún no estaba del todo preparado para arramblar con todas sus pertenencias hasta la nueva casa, sí que cargó con algunos suministros. Cuando llegó, se vio de nuevo sorprendido. Al deambular por la nueva casa, se encontró con que Cat había construido una lumbre con un círculo de piedras en el centro de la habitación. Al mirar hacia arriba, vio que había

abierto un huequecito en el tejado para dejar salir el humo; estaba hecho con tanta destreza que no se había percatado de ello hasta aquel momento.

Había unas cuantas candelas apagadas a medio arder; la casa olía a cera de abeja y tenía aspecto de chocita acogedora, incluso a pesar de estar aún desprovista de muebles. Cuando trajese su cama y construyese una zona para asearse, la casa estaría casi acabada.

Gavin no le preguntó a Cat de dónde habían salido los materiales que había empleado. Si había algún tipo de magia implicada, no le importaba.

–En invierno, puedes apilar la leña contra la pared –sugirió Cat–. Ayudará a mantener el helor a raya.

Gavin pudo observar que Cat había puesto una especie de abrazaderas para mantener aseguradas las pilas de leña. Era ingenioso, desde luego, tener una doble pared como aislamiento, aunque a Gavin no le agradaba sobremanera ver que ella se deslomaba de tanto trabajar (tenía que ser así, porque todo ese trabajo no había aparecido por arte de magia). Eso sin mencionar el hecho de que Gavin nunca había conocido a una mujer que hiciera el trabajo de un hombre mejor que él, mucho mejor que él. Se rascó la cabeza con preocupación y dijo:

–Ay, muchacha... No tengo forma pagaros todo esto...

–Como dijiste con tanta elocuencia... el regalo de tu compañía es más que suficiente, Gavin Mac Brodie –contestó Cat, sonriendo con benevolencia.

En efecto, era lo que había dicho Gavin. Por su parte, simplemente estaba encantado de ver que Cat había decidido quedarse un par de días allí.

En cuanto al tema de localizar el agua, Cat fabricó una varilla de zahorí y se dispuso a peinar la zona, mientras que Gavin la seguía, preguntándose cómo narices iba a encontrar agua subterránea sin ponerse a cavar. En realidad había oído hablar de tal hazaña a través de su abuelita Fia, pero nunca se lo había visto hacer a nadie.

A principios de la tarde, Cat había localizado un sitio y le pidió a Gavin que confiara en ella, así que lo hizo: dejando a un lado sus dudas, el chico empezó a cavar. Cavó durante todo ese día y bien entrado el siguiente, sin dejar que Cat ayudase en nada con esta tarea. Bueno, es que, por Dios, Gavin era un hombre hecho y derecho, y un hombre hecho y derecho debe hacer lo que le toca.

Gavin la dejó ahí mirando (y comiendo, porque parecía gustarle mucho) hasta que el hoyo fue lo suficientemente profundo como para ponerse de pie

en su interior. Todo ese tiempo, Cat estaba sentada mirándolo por encima, con las piernas colgando sobre el hoyo y sin parar de hablar, charla fácil que, según las sospechas de Gavin, escondía más de lo que revelaba.

Por otra parte, la chica parecía no tener escrúpulos en revelarle otras cosas. Que Dios lo ayudara; de haber sido cualquier otro hombre, habría alzado el brazo en cualquier momento y podría haber pasado el pulgar con facilidad por toda aquella carne tan deliciosa. Y lo que más le atraía, sin duda (maldita su alma libidinosa), era que podía haber enterrado la cara entre los muslos de la chica y beber directamente del pozo de su cuerpo... La sed más rabiosa que sentía Gavin en aquellos momentos no tenía apenas que ver con el agua.

En lugar de calmar aquella sed, siguió cavando con furia, en silencio, mientras intentaba mirar más allá de aquellas tentadoras piernas y los preciosos rizos de color rojo intenso. Cuanto más tiempo cavaba él y más tiempo permanecía ella sentada, más traviesa se volvía ella. Gavin comenzaba a cuestionarse si era el mismísimo demonio el que había venido a tentarlo...

---

Cat sabía perfectamente lo que estaba haciendo. No es que nunca hubiese yacido con un hombre, pero su gente no era piadosa. Solo amaban cuando lo deseaban. Y en aquel momento, pese a que estaba claro que complicaba las cosas, ella deseaba a Gavin Mac Brodie. Al verlo trabajar con tanta furia ahí abajo, en el hoyo, semidesnudo, sonrió. Nunca había visto a un hombre trabajando con tanta desesperación solo para evitar rendirse a los placeres, pues ella sabía muy bien lo que le pasaba al joven Gavin por la cabecita. Reconocía aquella chispa de lujuria en sus oscuros ojos verdes y no se le escapaban tampoco las miraditas que le echaba a los muslos cuando creía que ella no miraba. Mas tampoco los destellos de carne que le dejaba entrever al chico eran por accidente...

Cat se había sentido atraída por él desde el instante en que lo había conocido. En realidad, de no haber sido así ya estaría muy lejos de allí en aquellos momentos, sobre todo sabiendo que aún la buscaban. Sin embargo, por alguna razón no podía marcharse... Se había convencido de que si ponía rumbo hacia el norte, seguro que anticiparían su movimiento y la interceptarían rápidamente si iba a pie. Y probablemente era cierto, así que



había pensado robar un caballo... aunque lo cierto y verdad era que ahora no quería marcharse de allí.

El hoyo de Gavin era cada vez más profundo, y pronto ella estaría fuera de su alcance. Cat esperaba desesperadamente que él alzara los brazos para tocarla... Ay, pero aquel joven no se parecía en nada a los tontos babosos que ella había conocido. Gavin era un hombre amable y gentil con cara de ángel y un cuerpo que le cortaba la respiración.

–¿No quieres hacer un descanso ahora? –le preguntó.

–¡No! ¡No estoy cansado! –contestó Gavin, que se negaba a mirar hacia arriba.

Cat soltó una risita por lo bajo. Entonces se arrastró hacia el borde del hoyo para que a Gavin no le quedase otra opción que prestarle atención, y cruzó las piernas, perfectamente consciente de que la vista era bastante reveladora desde abajo.

–¿Es que no estás ni un poquito hambriento? –le preguntó, con la voz más seductora que sabía poner.

Gavin se paró en seco, se apoyó en la pala y la miró... entonces tragó saliva, con la mirada encendida, debido a su culito redondo como la luna... y a otros secretos que se desvelaban ante sus ojos. Gavin se pasó la lengua por los labios, y a Cat le entraron ganas saltar al hoyo y besarle como una fiera. Pronto no le quedaría otro remedio que marcharse y no quería hacerlo sin antes darle las gracias al chico como realmente quería.

–Ay de mí, chiquilla... –dijo Gavin, que se apoyó en el muro más lejano del hoyo, como si intentase poner mayor distancia entre su cuerpo y la tentación que ella suponía para él.

Cat suspiró. Sabía que él sentía curiosidad por saber de dónde procedía, pero aún no estaba preparada para descubrirse ante él, en parte quizás porque entonces se vería obligada en verdad a marcharse... Sobre todo si Gavin descubría quién era su hermano: Aidan, el último descendiente de Aed, nieto de Donald MacAlpin, hermano de Kenneth y el último de los reyes de Dalriada.

Tras la muerte de Aed, sus parientes habían emigrado al Mounth y allí permanecían. Se mantenían mayormente en su propio círculo y no sentían simpatía por la política, aunque parecía que David, como pretendiente lejano al trono, percibía a Aidan como una amenaza, y creía que si tenía a Cat en sus manos, su hermano jamás le haría frente.

Mas David no conocía al hermano de Cat. Aidan no ansiaba ningún pedazo de Scotia, pero provocarlo era como pinchar a un dragón con un palo...

Si Gavin averiguase la verdad, ¿la entregaría al lacayo inglés o la llevaría de vuelta a su hogar por sus propios medios? Cat preferiría morir antes que acabar convertida en la esposa de un inglesucho.

Se deslizó tanto como le fue físicamente posible por el borde del hoyo, mirando hacia abajo, al interior del hoyo.

–Vas muy bien –declaró.

Se desprendió un poco de tierra bajo el trasero de Cat y de repente tuvo una idea.

–Pero si no hay agua –se quejó Gavin. Cat le dedicó una pícara sonrisa.

–Aún no –afirmó.

## Capítulo 6

Gavin ya ni siquiera podía ver nada más allá del hoyo, pero le parecía que la orilla del lago que cruzaba aquella parte debía estar mucho más arriba de donde él estaba cavando, y se lo dijo a Cat:

–Aquí no hay agua –señaló, pensando lo ingenuo que era creer que darían con aguas subterráneas en el primer lugar en el que había clavado la pala, aunque Cat le hubiese pedido que le creyese.

–Ay, hombre de poca fe –contestó Cat.

Gavin levantó una ceja al oír aquella frase, que le resultaba tan familiar de sus escritos.

–¿Dónde habéis oído eso, muchacha?

–¿Oír el qué? –Cat se arrastró hasta el mismísimo borde del hoyo y una cascada de tierra se desprendió y cayó a los pies de Gavin.

–Lo que acabáis de decir –contestó él, frunciendo el ceño. Cat arqueó una ceja.

–Pues de mi boca, bobalicón, porque acabo de decirlo. ¿No has escuchado mis palabras? –Entonces le ofreció una sonrisa pícara para que él supiera que no quería ofenderlo.

–Da igual –gruñó Gavin, desconcertado al ver que ella había aludido a su falta de fe no una, sino dos veces ya.

¿Acaso era cierto? ¿Se había perdido en el camino de la fe? ¿Y cómo podía saberlo ella de todos modos? Era una pagana que se pintaba el cuerpo con añil. De hecho, quizás y solo quizás era, en realidad, una hada o un *brownie*, o uno de esos espíritus irritantes. Salvo que lo cierto era que no lo irritaba lo más mínimo. De hecho era la persona más agradable que Gavin conocía (o más bien, desconocía), especialmente siendo alguien que parecía no tener hogar ni prendas, y que no había comido desde hacía tanto tiempo que había olvidado de todos sus modales.

Aún no sabía ni una dichosa cosa sobre ella y aquello lo amargaba con cada nueva palada que daba. Si Cat se marchaba, ¿cómo iba a encontrarla? ¿Si no tenía ni la más remota idea de dónde venía! Durante los últimos días,

Gavin se había sentido mucho más vivo de lo que se había sentido en años, y no quería que se acabara aquella sensación. Era como haberse puesto ebrio con el licor de Seana, salvo que Gavin no había tocado ni una sola gota. De repente, sentía...

«Amor, Gavin Mac Brodie», oyó a Seana en su cabeza de nuevo. «Si el amor no es alguna clase de magia, entonces no sé lo que es». Gavin alzó la vista hacia a Cat, con la cabeza llena de preguntas... ¿Era posible perder la cabeza tan rápidamente sin siquiera darse cuenta? ¿No eran las dos personas las que tenían que coincidir en amarse la una a la otra?

Pensó en su hermana Meggie y en la forma en que el inglesito se la había llevado sin más. Estaba muy seguro de que Maggie había puesto el grito en el cielo y se había resistido... Y aun así, ahí estaba... enamorada de aquel inglesito. ¿Y Colin? Su hermano nunca había ido buscando el amor... y sin embargo, el amor lo había encontrado a él. En cuanto a Leith, según parecía, siempre había estado enamorado de Alison, pese a que se lo había guardado para él en cierto modo.

Gavin, confundido por todo aquello, comenzó a cavar de nuevo, y Cat le tendió uno de sus bellos pies para jugar con él. Gavin pensó en mordérselos; no con mucha fuerza, pero la suficiente para demostrarle lo peligroso que era jugar con un tipo bien crecido, sobre todo con uno tan débil como él. Definitivamente era un tipo débil: era lo único que le pasaba una y otra vez por la mente mientras seguía faenando.

–Os vais a caer –le advirtió a Cat.

–Nunca –juró ella, que acto seguido se inclinó aún más sobre el borde en precario equilibrio.

De repente, profirió un grito ahogado al caer al hoyo justo encima de Gavin, que cayó también al suelo con ella sentada a horcajadas encima. Gavin apartó la pala de un empujón, para no lastimarse. Ella se sentó directamente sobre su vientre, con aquella deliciosa carne húmeda y cálida contra su piel, y el corazón se le subió a la garganta. Cat le brindó una risa gutural, y él tragó saliva convulsivamente al notar que ella le rodeaba la cintura con sus muslos tersos. Los labios preciosos de la chica se curvaron con malicia.

–Me has salvado –afirmó.

Gavin sacudió la cabeza (aunque apenas era capaz de moverse) y contestó:

–No había mucho peligro. Solo habéis caído un par de metros –le aseguró, mientras tragaba saliva con dificultad.

El corazón de Gavin comenzó a latir más deprisa y le bullía la sangre al observar la reacción de la chica. A Gavin casi nunca le afectaban las cosas, pero ahora su cuerpo se sentía vivo y con voluntad propia. Sabía que Cat también lo sabía, porque su sonrisa se ensanchó un grado más, con su curva sensual y pícara. Gavin tragó saliva.

–Qué piernas más fuertes tenéis –dijo con voz apenas audible, sintiendo que se le subía un nudo por la garganta. Y no era lo único que se le estaba subiendo.

Mientras que a Gavin se le humedecían las manos de por el sudor, la boca se le reseca. De pronto sintió una sacudida de placer cuando Cat extendió la mano y le acarició todo el pecho. Se le puso el cuerpo totalmente rígido cuando los dedos de ella pasaron por sus pezones.

–Ay, chiquilla –protestó, pero fuera lo que fuese a decir murió en su garganta cuando ella se inclinó para besarle la piel desnuda, un beso cálido y húmedo que hizo que Gavin se mareara.

Cat alzó la mirada, sonriendo pícaramente, mientras que el corazón de Gavin le martilleaba el pecho con ferocidad.

–No sabéis lo que me estáis haciendo –le advirtió él. Cat asintió lentamente, con una mirada juguetona.

–Oh, yo creo que sí –afirmó la chica, y a continuación apretó las piernas más aún a la cintura de Gavin, presionando su zona íntima contra el vientre de él.

Gavin luchó contra otra ola de mareo. Toda la sangre le flotaba por la cabeza (bueno, no toda, ¡que Dios lo pillase confesado!). Las manos de Cat desaparecieron tras la espalda mientras le aflojaba a Gavin el cinturón que le sujetaba el *breacan*; después se lo quitó y lo tiró lejos de los dos, dejando a Gavin completamente desprotegido ante sus ojos y sus artimañas. Si Cat estiraba las manos un poco más hacia atrás se encontraría con una vara tan dura como el mango de la pala.

Entonces, de golpe, ella se arrastró hacia atrás, rozando la erección de Gavin con la división entre las dos lunas que formaban su culito. A continuación se quitó su túnica verde (la del chico, en realidad) y arrimó su carne suave, húmeda y cálida a la de él.

De pronto Gavin se sentía como febril. Tenía la piel al rojo vivo, y su

sangre ardía. Para unir sus cuerpos, lo único que tendría que hacer en ese momento era levantar un poco a la chica y moverla hacia detrás... tan solo un poquito... y entonces colocarla suavemente sobre su vara. El hoyo era lo suficientemente pequeño como para que él encogiese las piernas contra un lado y apoyase los hombros en el otro y ella le pudiese cabalgar a su libre albedrío.

El sudor le perlaba la frente. Los latidos le rugían al oído y la sangre le cantaba en las venas. Por un momento, se quedaron los dos mirándose el uno al otro, sin más.

---

Cat contenía el aliento, pues reconocía el deseo en la mirada de Gavin, se sentía hechizada por aquello, excitada por él. Aquel anhelo era exactamente lo que ella había estado esperando, pero verlo ahora le hizo bajar la guardia. Su corazón latía con fuerza contra las costillas y se relamió los labios, que se le habían quedado reseco de golpe. Había algo en Gavin Mac Brodie que le cantaba al corazón, algo que nunca había sentido con ningún otro hombre.

Él la miraba como si fuese perfecta. A Cat le gustaba esa sensación... le gustaba todo lo que él le hacía sentir... cada escalofrío que le dejaba en su piel... cada hormigueo que sentía en lo más profundo de sus carnes... cada palabra que salía de la boca de él... Y en aquel preciso momento, Cat no anhelaba nada más que sentirlo muy dentro de ella, hasta su más profundo ser. Aquel preciso instante era el que había estado esperando toda su vida, por el que se había reservado. Cada beso que había rechazado, cada caricia que había evitado... Todo aquello se debía a que había estado buscando aquella sensación tan increíble. Y pensar que lo había descubierto en el lugar más inesperado, en los brazos de un extraño escoto...

Gavin abrió la boca para protestar, pero Cat, que ya sabía lo que iba a decir y no quería escucharlo, le puso un dedo en los labios. La chica tragó saliva, se mordió el labio y se arrastró hacia atrás, arqueando la espalda, de modo que se le levantó el culito cuando se acercó a besarlo. Al principio fue extraño, sentir que sus labios se encontraban con dulzura mientras que ella elevaba el cuerpo sobre la virilidad de Gavin y tocaba la carne caliente y erecta de él con sus labios íntimos. Al mismo tiempo, ella abrió la boca y él hizo una tímida incursión con la lengua. Una sacudida de placer se abrió paso furtivamente por el cuerpo de la joven con aquella caricia íntima, la unión de

sus bocas. Cat lo aceptó, succionando con la respiración agitada al lamer la lengua de Gavin. Sin pensarlo demasiado y sin darse tiempo para dudar, Cat se deslizó sobre el asta de Gavin, presionándola hacia su interior. Gavin se convulsionó violentamente y gimió con ferocidad, y ella también, al fusionarse sus cuerpos en uno solo.

---

Gavin gemía con fuerza de forma gutural, sintiendo un éxtasis como nunca antes en su vida; ni siquiera aquella vez que perdió la virginidad había sentido la sangre latirle con tanta rapidez en la cabeza. Los gemidos de Cat eran lo único en lo que podía pensar.

Olvidados de la pala y del pozo, sin importarles dónde se encontraban, sus cuerpos comenzaron a moverse a la vez con una cadencia de lo más exquisita. Cat le cabalgaba con suavidad, sin prisas, con el cuerpo tenso sobre su verga, exprimiéndola con amor. Sudando y cubiertos de mugre, pero sin que les importara en absoluto, besaban el cuerpo del otro. Gavin le bañaba los pechos con la lengua, saboreando la sal de su piel, chupándole los pezones, adorando su cuerpo.

El chico buscó apoyarse con mayor firmeza y sus pies dieron con el pico de la pala. La pateó para esconderla entre la tierra bajo ellos justo cuando Cat se dejó caer contra su cuerpo de nuevo en un fiero abandono. Ay, por Dios, era una ricura. Cada caricia suya era pura magia. «Cat debe de ser mágica».

Los dos se movían en una danza tan antigua como la naturaleza, hasta que Gavin sintió que el cuerpo de ella se convulsionó a su alrededor y le envió una ola tras otra de placer innegable por toda su zona. Entonces, él gritó al verter su semilla, enviándola con fuerza al interior del vientre de la chica.

Los dos cesaron al fin de moverse, y ella se recostó sobre el pecho desnudo de él, ambos con el cuerpo húmedo por el esfuerzo, y solo entonces Gavin se percató de que, de pronto, tenía el tobillo sumergido en agua. El chico parpadeó, perplejo.

—¡Dios! —exclamó, no solo porque acabara de adentrarse en el cielo y ahora estuviese de vuelta en los brazos de Cat.

Habían encontrado agua. El pozo se estaba llenado de agua.

## Capítulo 7

A diferencia de aquella primera vez, mucho tiempo atrás, Gavin no sentía ni una pizca de arrepentimiento, solo euforia, y una cercanía que no había sentido jamás con nadie. Besó a Cat en los labios repetidas veces y con pasión, riéndose y temblando de nuevo. Dos palabras extrañas luchaban por emerger de la lengua del chico, pero lo atemorizaron, así que las contuvo. La sonrisa de Cat estaba repleta de alegría y sus ojos brillaban con fuerza; tenía las mejillas ruborizadas y estaban preciosas.

–Te dije que tuvieses un poco de fe, ¿verdad?

Gavin se echó a reír otra vez y la ayudó a levantarse cuando el agua del pozo les llegaba ya por las espinillas.

–¡Maldición! ¡Sí que eres una bruja! –exclamó. Sin embargo, lo dijo con la sonrisa más grande que podía componer.

Cat había encontrado agua. «¡Magia!», pensó Gavin. Sí, la chica era mágica, simple y llanamente mágica, porque más que haber encontrado el agua sin demasiado esfuerzo, había abierto otro pozo que Gavin pensaba que se había secado mucho tiempo atrás... El de la fe, como había dicho ella. Sí, Gavin empezaba a tener una pizca de fe, fe en que le hubiesen enviado a Cat justo cuando más la necesitaba. Fe era exactamente lo que Gavin necesitaba.

Mientras ambos seguían riéndose, Gavin ayudó a Cat a salir del pozo empujando aquel culito tan firme y redondito suyo, al que luego le concedió unas palmaditas. Luego ella lo ayudó a salir, pese a estar tan sucio y lleno de barro.

---

Colin terminó de reparar su sección del muro, y después Leith y él comenzaron a apuntalar el resto del edificio.

–¡Cuando ese cabroncete dijo que se iba a mudar, no pensé que fuera de inmediato! –exclamó a modo de queja.

Gavin no se había pasado a verlos desde hacía dos días. Se había llevado una de las carretillas y aún no había vuelto, ni para dormir, ni para comer ni para decirles siquiera "Idos al infierno y llevaos vuestra dichosa carretilla".



Colin no tenía mucho que decir sobre aquello. Gavin era el único de los Brodie que era esclavo del deber y la conciencia. Colin opinaba que el hecho de haberse cogido un momento de respiro inusual para hacer lo que le apeteciera era algo bueno y le aplaudía por ello, pese a que supusiera un poco más de trabajo para los demás. De todos modos, si de verdad se iba a mudar a tierra de nadie, ya no le verían todos los días como hasta entonces. Ya era hora de que aprendiesen a valerse sin él.

Aunque Gavin y él casi nunca compartían sus confidencias, creía entender aquello que atormentaba a su hermanito menor. Si se intercambiaran los papeles, Colin pensaba que no soportaría estar por allí con tanto besuqueo y arrumaco, sobre todo si hubiera pasado solo la mayor parte de su vida, como Gavin. No, Colin no le guardaba ningún rencor a su hermano por ello.

–Me gustaría que al menos nos devolviese la carretilla –gruñó Leith. Entonces se levantó y mientras se rascaba la cabeza, desconcertado, dijo:– ¿Has visto la madera para el tejado?

Colin hizo un gesto de negación. Entonces levantó el brazo para enjugarse un surco de sudor de la frente y contestó:

–No la he visto desde hace dos semanas, cuando la apartamos para ponernos a trabajar en los muros.

Leith tiró su martillo al suelo.

–¡Malditos sean los ladrones que hay por aquí! ¿Crees que Montgomerie ha vuelto a las andadas? –le preguntó, con una mirada inquisitiva. Colin se echó a reír.

–No creo; Meggie lo despellejaría –le aseguró a Leith, pero entonces se puso a darle vueltas a la cabeza...

No era propio de Gavin coger algo que no se le hubiera encomendado específicamente a él, pero, ¿acaso estaba su hermano tan dichosamente desesperado por poner tierra por medio como para haber cogido prestada la madera para acabar el tejado? No podía ser... Él nunca lo haría. Gavin era el tipo más honesto que Colin había conocido jamás, a pesar de ser su hermano. Al parecer, Leith pensó lo mismo.

–Los amarres también han desaparecido. A lo mejor ya es hora de hacerle una visita a la nueva casa de nuestro hermanito, ¿no crees? –propuso.

---

Aunque Gavin se había pasado la mayor parte de su vida en celibato,

compensó todo el tiempo perdido durante aquellos dos días. Cat y él hicieron el amor otra vez en el prado cuando acabaron de salir del pozo, y otra vez en el lago, después de hacer una excursión por el campo...

Disfrutaron de la privacidad del hogar del chico, deleitándose con el cuerpo de otro junto a la hoguera hasta la llegada del alba. A decir verdad, Gavin no se había percatado hasta ahora, que estaba en los brazos de Cat, de lo que significaba en realidad tener un hogar, pues poco importaba dónde estuviesen; cuando estaban los dos juntos era el sitio perfecto.

Ahora el pozo estaba medio lleno y unas cuantas lluvias de las buenas lo llenarían por completo. La casa estaba acabada, y ahora Gavin cavilaba si era mejor traerse la cama de la mansión o construirse una nueva. Sintió que quizás era hora de renovarlo todo y se preguntó qué clase de cama le gustaría a Cat.

Gavin cogió el hacha para dirigirse a la arboleda, mientras que Cat se sentó a mezclar una especie de tintura para el corte que se había hecho en el pie con el filo de la pala. Gavin se puso colorado al recordar que había empujado el metal con el talón con tanta fuerza que se le había clavado en la carne, y peor aún, que ni siquiera se había percatado hasta mucho después.

Solo había una cosa que lo inquietaba... se estaba acostumbrando a la chica. Y ahora, pese a que no creía en ningún tipo de magia, empezaba incluso a temer en la posibilidad... ¿Y si ella no había venido para quedarse? ¿Y si él no era suficiente para ella y no era capaz de hacer que se quedase? ¿Y si se levantara una mañana y ella se hubiera marchado? Gavin era un hombre hecho y derecho, pero pensó que se echaría a llorar como un niño chico para el resto de sus días.

## Capítulo 8

Cabalgar hacia el sur no era su actividad favorita.

Aidan olisqueó el aire a su alrededor. Los bosques, desperdigados por el terreno, aún conservaban su verdor, y los helechos permanecían enteros, con las hojas, que crecían cada vez más, bien desplegadas. Los cardos y las primulas aún estaban en flor y el aire iba cargado de un fuerte olor a brezo. Debía haber matorrales cerca; su olfato nunca mentía.

Inspeccionó los alrededores mientras le venía a la mente que Cailleach Bleur, la madre del invierno, no era tan amable con esta gente, pues pese a que estaban lo suficientemente alejados del norte, los dejaba vulnerables ante el látigo del invierno y el frío era su compañero de cama. Ella había cobijado al pueblo de Aidan durante años, mimando a sus habitantes como si fueran diminutos bebés en el interior de su cálido ser y arrojando nuevos montes para disuadir a los hombres más tímidos de aventurarse en su cuna.

Pese a que su pueblo no necesitaba un rey, Aidan era lo más parecido que se podía encontrar entre los norteños. Lideraba con el corazón y protegía a los suyos con cada fibra de su ser. Su padre había hecho lo mismo antes que él y había muerto con la espada de uno de aquellos inglesuchos que amaban a los escotos en el vientre. Su madre también había muerto defendiendo su hogar y dejándolo a él al cargo de sus cinco hermanos, y Cat era su hermana favorita. Aquel cabrón de David, que aspiraba a convertirse en rey de Scotia, la había capturado directamente en su alcoba. Si se la llevaban lo bastante al sur, se quedaría con ellos y la perdería para siempre, y si ella regresaba al norte con un inglesucho de esos en el vientre, ni siquiera era necesario que intentara volver.

Durante dos siglos, su pueblo había pasado inadvertido y se había mantenido al margen de la política de los hombres, y por mucho que le doliera, no permitiría tener un inglesucho entre los suyos, ni siquiera uno con el que compartiera lazos de sangre. En realidad, compartía su sangre con muchos de ellos, incluyendo a David de Scotia... pero eso no los convertía en iguales.

Aidan cabalgaba con el viento y se había traído consigo a una veintena de guerreros en la búsqueda de Catriona. Esperaba que la encontrasen antes de que fuese demasiado tarde. El mero pensamiento de pasar un invierno sin su linda sonrisa le llenaba el corazón de una melancolía negra y amarga. Tampoco se deleitaba con la idea de perder a un solo hombre o mujer de entre los suyos, pues quedaban muy pocos ya.

–El rey escoto está cerca –dijo su centinela al volver del reconocimiento–. Van buscando a Cat en estos bosques, aunque parece que ella aún los consigue evadir.

Aidan compuso una sonrisita de orgullo. Catriona sabía cómo actuar. Después de todo, su hermana era una guerrera... La había entrenado bien. Había criado a la chica desde su primerísima sonrisa y era capaz de empuñar una espada con toda su destreza. Todo su pueblo era guerrero, pues vivir en el Mounth era un asunto de vida o muerte.

–Seguid buscando por esta zona –le ordenó Aidan a sus hombres. Se había traído consigo a sus guerreros más temibles: todos ellos estaban dispuestos a morir por cada mujer y cada niño que estuviesen bajo su cargo. Así habían sobrevivido todo ese tiempo, sin dejar atrás a ninguno de los suyos.

Pintados con el añil de sus ancestros, un recordatorio sobre el lugar del que procedían, iban montados sobre corceles blancos: caballos fantasmas, entrenados para dormir poco y viajar, no con premura, sino con precisión. Ir a galope por el Mounth era una sentencia de muerte. Los pintados seguían el ejemplo de la madre naturaleza, escuchaban los secretos que ella les susurraba y no se les escapaba ni un detalle: ni la pisada efímera de un niño en una roca sólida ni el crujido de una sola ramita al pasar. Ellos eran los últimos de los pintados, los pictos, y llevaban en la sangre el latido de sus ancestros y la canción de su gente en el corazón.

–Cabalgad –le ordenó a sus hombres–. ¡Removed cielo y tierra hasta dar con ella!

---

Pese al frío que permanecía en aquellas colinas, el brezo florecía con su violáceo brillante en contraste con una alfombra de color verde vivo. Mientras Gavin estaba acostado boca arriba sobre un lecho de ranúnculos, Cat se encontraba arrodillada a sus pies con un cuenco lleno de aquella

poción curativa entre las manos y le extendía aquel unguento azul por la parte inferior del pie.

–No veo cómo me va a curar el pie tu pintura de guerra. De todos modos, ya no me duele –le aseguró Gavin a Cat.

–Esto que ves aquí –dijo, levantando el cuenco– no es pintura de guerra –le regañó–. Y aunque sea azul, no es la misma pintura que llevaba cuando me encontraste. Sin embargo, aquello tampoco era pintura de guerra –le explicó.

Gavin le guiñó un ojo.

–Sea lo que sea, me gustaría que te lo pusieras más a menudo... así, sin nada más por encima. –Cat se echó a reír por lo bajini.

–Es un tributo a mis ancestros, que son los tuyos también, Gavin Mac Brodie, pues compartimos los mismos antepasados.

–En verdad, nunca en mi vida había conocido a uno de los azules –juró Gavin–. Por lo que tengo entendido, ninguno de mis parientes tampoco se ha pintado nunca. Qué pena, no comparto tu sangre de duende.

–¿De duende? –protestó Cat, fingiendo haberse ofendido. Por la sonrisa que puso Gavin, sabía que solo estaba de broma.

–Pues sí, a juzgar por tu estatura... Lo mismo da: tanto si eres un duende como si eres una hada, ¡te puedo asegurar que tus polvos sí que son mágicos! –Cat le dio un cachetazo en la pierna, aunque luego se echó a reír.

–¡Quédate quieto, Gavin, o hechizaré de verdad! –lo amenazó.

–¡Pero si ya lo has hecho! –contestó él, que a continuación metió el pie en el cuenco y le expandió la tintura por toda la cara con él.

A Cat le pilló completamente desprevenida. Gavin era tan gruñón al principio... pero ahora su humor había mejorado considerablemente. Ya no estaba amargado, y Cat dedujo que lo que le hacía falta era calmar las ansias de su nabo. Normal, pensó. Un hombre no se podía pasar toda la vida sin un poco de amor siquiera y estaba segura de que él había padecido esa falta de amor. Se lo decía aquel aspecto contraído suyo, propio de un hombre cuyas pelotas se habían petrificado por la falta de uso. Entonces, al ver el gesto desenfadado de Gavin, una sonrisa le surcó toda la cara a la chica.

–¿Pero por qué has hecho eso? –preguntó, y entonces cogió la pintura y trepó por las piernas de Gavin, se recostó sobre su pecho y trató de echársela por toda la cara.

–¡Eh, menuda listilla estás hecha! –soltó Gavin, que se levantó de golpe

para quitarle el cuenco de las manos.

–¡No! –chilló ella, y los dos empezaron a forcejear por el cuenco, metiendo dentro los dedos y echándose pintura el uno al otro donde podían.

Cat se reía a carcajadas cuando se pusieron a rodar por el prado, dejando a su paso manchas azules sobre los ranúnculos amarillos. Pronto tendrían que tener una charla larga y tendida y ella le tendría que contar todo, pero aquel no era el momento; ahora estaba disfrutando de él, y no quería que se acabara. Y como se sentía especialmente malvada, se quitó la túnica de Gavin y comenzó a pintarse los pechos de color azul, haciendo dibujos al estilo de los de su pueblo. En aquel instante, la mirada de Gavin se endureció de golpe. Arqueó aquellas cejas rubias suyas y sus ojos verdes resplandecieron. Entonces recostó a Cat sobre la hierba y la aprisionó entre sus brazos para hacerle el amor de nuevo.

---

Seana intuía que Colin, su marido, se enojaría con Gavin, así que se inventó que tenía que echarle un vistazo al alambique como excusa para ir a verlo. Se encontró con su licor ya casi acabado y sonrió mientras le daba palmaditas al vientre de cobre del alambique. Su padre habría estado encantado con este lote. Una gata negra corrió hacia ella y comenzó a restregar la cola contra sus espinillas. Seana le sonrió y se agachó para cogerla en brazos.

–Amor Mío –murmuró con cariño–. ¿Dónde está hoy papá?

La gata le soltó un "miau" quejumbroso que la hizo reír, aunque desconocía la razón. Solo era un maullidito de gato, pero le gustaba pensar que comprendía exactamente lo que quería decir. Por el momento, se deleitó con la pequeña acompañante felina y se dedicó a observar en derredor para ver a todos los amigos peludos que esta había hecho junto al alambique.

Junto a un helecho particularmente grande, otro gato se dio la vuelta sobre el lomo. Seana dejó a Amor Mío en el suelo y caminó hasta el otro para rascarle la barriga, que pareció disfrutar con ello. Y luego, a regañadientes, dejó a todos los gatos allí y se encaminó hacia el nuevo hogar de Gavin, en las lindes del bosque.

Seana no podía esperar más para ver los progresos que había hecho Gavin, y una parte de ella estaba encantada de que él estuviera por allí cerca para cuidar del alambique. Además, comprendía perfectamente las razones del chico para querer imponerse como dueño y señor de su propia casa. Solo

esperaba que...

Se paró en seco, helada, al traspasar la línea de la arboleda.

Dos amantes retozaban sobre un lecho de ranúnculos amarillos junto a la casa nueva de Gavin. Seana parpadeó, sin poder creer lo que veían sus ojos. Entonces, con las mejillas encendidas, se giró de golpe y huyó de allí antes de que nadie pudiese verla ahí plantada, a la sombra de los árboles.

## Capítulo 9

–¡Os juro que es cierto! –le dijo Seana a Meghan. Había salido corriendo directa hacia el claro de los Montgomerie y ahora se encontraba hablando con la hermana de Gavin en el patio. Meghan alzó las cejas, extrañada.

–¿Gavin? ¿Mi hermano Gavin? –preguntó, horrorizaba, señalándose el pecho para enfatizar el posesivo.

–¡Pues claro! –exclamó Seana–. ¡No conozco a ningún otro Gavin! ¡Sí, lo he visto, lo juro sobre el *uisge beatha* de mi padre!

De repente, el rostro de Meghan se tornó temeroso, y entonces dijo:

–¡Ay, no! He oído a mi esposo decir que el rey David anda buscando una prisionera a la fuga. ¿Crees que podría ser ella? –Ante esto, Seana se encogió de hombros.

–Lo único que sé es que tu hermano se ha buscado una amante.

–¿Estás totalmente segura de que son amantes?

–¡Oh, sí! ¡No puedo estar más segura! –afirmó Seana, e inmediatamente se le incendiaron las mejillas.

–¡Vaya, que me aspen! –exclamó Meghan, que comenzó a reírse con nerviosismo–. De veras que nunca pensaba que llegaría este día.

–¿El día de qué? –preguntó su marido, que llegó y la abrazó por detrás, colocando las manos sobre su cintura. Luego le dio un besito en la mejilla.

Meghan se giró para mirarlo, y de pronto parecía incómoda. Desde luego, no quería mentirle a su marido, pero tampoco deseaba traicionar a su hermano. Si aquella era en realidad la mujer que andaban buscando, ¿qué sería de Gavin? No obstante, no podía mentirle a su marido, así que le contó todo lo que Seana le acababa de revelar, y Seana corroboró lo que había visto.

Piers cara de encontrarse ante un dilema. Aquel era otro embrollo del que tendría que buscarse las mañas para salir, y por desgracia, solo había una forma de hacerlo: tenía que encontrar a la chica antes que nadie.

---

A Iain no le agradaba mucho tener que dejar a su esposa y a su bebé recién



nacido para ir en busca de una muchachita extraña solo para atender a los tejemanajes políticos de David.

Aún tenía en mente el mal recuerdo de lo ocurrido a su hijo, y pese a que David afirmaba que no había tomado parte en el engaño, lo cierto es que fue él el que se había llevado al crío más allá de la frontera sin siquiera haber hablado con Iain, y aquello le pesaba en la conciencia como una piedra.

Todo aquel asunto de la prisionera fugada olía a mentira podrida, pensaba Iain.

Y aun así, David le había ofrecido su apoyo cuando había desafiado al padre de Page al exigirle que le devolviera a su hija. Y menos mal, porque tendría que helarse el infierno antes de que Iain renunciara al amor de su vida.

Mientras cabalgaba junto al rey de Scotia a última hora de la tarde, solo la mitad de su corazón estaba realmente concentrado en la búsqueda, así que se perdió el momento en que uno de los hombres de David halló a los amantes en mitad de la jarana en el prado, donde Gavin Mac Brodie había dicho que estaba construyendo su nueva casa. Mas al verlos, un escalofrío recorrió toda la espina dorsal de Iain, pues supo instintivamente que aquello podría desencadenar otra contienda. Tampoco había pasado tanto tiempo desde las hostilidades, por lo que un inconveniente como aquel podría volver a enfrentar a los clanes.

—¡Por Dios Santo! —exclamó, siguiendo a David y a sus hombres por el camino rocoso para bajar el acantilado. Antes de llegar a la altura del bosque, se encontraron con Leith y Colin Mac Brodie, que emergieron de los bosques.

Iain y los otros dos intercambiaron miradas de curiosidad, y entonces, sin previo aviso, Piers de Montgomerie y su pandilla aparecieron por la senda estrecha procedente desde el claro.

—¡Gracias al cielo! —anunció David con un alivio evidente al encontrarse entre nuevos aliados; entonces espoleó su montura para reunirse con Piers.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Leith.

Broc dio un paso adelante con su montura.

—Buscamos a una presa a la fuga —le explicó a Leith y a Colin, mirándolos a ambos significativamente.

—Es una rebelde —exclamó David, que volvía con Piers tras él—. ¡Y una posible traidora a la corona!

La montura de Iain cabriolaba nervioso bajo su peso, al notar toda su tensión.

–¿A qué corona os referís? –preguntó, con una voz envenenada.

Aunque Iain no aspiraba a ninguna corona, que David anunciara tal cosa delante de él era, cuando menos, grosero. En opinión de la mayoría de los habitantes de las Tierras Altas, Iain tenía más derecho al trono que David, pues este último se había pasado toda la vida chupando de la teta de una criada inglesucha de esas. David había pasado su juventud como guarda de la corte inglesa y había traído al norte las semillas de las artimañas inglesas.

–A la corona *legítima* de Scotia –replicó David con arrogancia–. La única y verdadera –sostuvo.

Iain tiró un poco más de las riendas y se le tensó un músculo de la mandíbula, pero no contestó, pues sabía que si decía una sola palabra, su mera declaración serviría para dividir las lealtades de Scotia. Por fortuna para David, no tenía ningún interés en la política o en el parricidio, como otros líderes antiguos.

–En cualquier caso, hemos rastreado a la chica hasta esta cabaña que hay bajo el acantilado –le explicó David a Piers y los hermanos Brodie–. No queremos afrentas con nadie, salvo con el hombre que ahora es su cómplice.

El rostro de Leith adquirió una expresión amenazadora.

–Si habláis de aquella casa de allá, pertenece a mi hermano Gavin. Gavin no retiene a ninguna mujer –le aseguró a David.

–¿Ah, no? –respondió David con tono beligerante.

–Los hemos visto juntos –intervino Broc con solemnidad–. Se han metido en el interior de la cabaña.

Durante un momento, los líderes de los tres clanes allí presentes, Leith, Piers y MacKinnon intercambiaron miradas. David dirigió lentamente su montura hacia Piers, un mensaje taciturno. Si iban a combatir ahí mismo, en aquel momento, David tenía cinco hombres a su entera disposición. Piers, cuatro. Iain solo se había traído a Broc con él. Leith and Colin estaban los dos solos. Eran nueve contra cuatro... a menos que Piers abandonase a su señor feudal.

Iain observaba hasta el mínimo movimiento; leía el lenguaje corporal de los presentes y se preparaba para desenvainar la espada.

–Bueno, entonces... Vayamos a hablar con Gavin, pero hacedle herida alguna y os mataré yo personalmente, por mucho rey que seáis –sugirió

Colin, mirando directamente hacia David.

---

–¡*Diabhul!* –exclamó Catriona. Echó un vistazo por entre las contraventanas para espiar a los jinetes congregados al final del camino que llevaba a la granja más cercana, donde se encontraban los bosques con los matorrales.

–¿Qué pasa? –preguntó Gavin.

Cat comenzó a mordisquearse los dedos, hundiendo sus caninos en las cutículas por el miedo repentino. La habían descubierto. «¿Qué hago, qué hago?», pensaba.

–¿Cat?

Gavin estaba calentando agua en un calderito junto al fuego para darse un baño con la esponja, ya que ambos estaban cubiertos de pies a cabeza de la tintura medicinal que Cat había hecho para su herida. El chico dejó el caldero y se colocó tras ella, junto a la ventana.

Cat se dio cuenta en aquel momento que se le había agotado el tiempo; era hora de revelarle la verdad. Ahora debía confiar en que él haría lo correcto. ¿La entregaría al rey David o lucharía por ella? Se estremeció ante el pensamiento de aquello último, porque por mucho que odiase pensar en acabar desposada con un inglesucho, tampoco quería que Gavin muriese tratando de defenderla. Cat se temía que lo amaba. Sí... Lo amaba. Era tan cierto como que podía respirar.

Gavin echó un vistazo por la ventana.

–Esos de ahí parecen mis hermanos –dijo, con un tono lleno de curiosidad–. Y ahí está el marido de mi hermana...

Gavin miró a Cat, confuso, y ella fue de inmediato a coger la túnica que él le había regalado para ponérsela antes de que pudiesen sorprenderla desnuda otra vez. Gavin también cogió sus prendas y se colocó el *breacan* apresuradamente, abrochándose con más rapidez que cualquier hombre que hubiera visto en su vida. Entonces cogió a Cat de la mano e hizo el amago de llevarla hacia la puerta, pero ella se detuvo, al tiempo que negaba con la cabeza, temerosa. Gavin frunció el ceño, confundido, pero la soltó.

---

–¿Qué significa todo esto? –gritó Gavin al salir de su casa.

Todos los jinetes parecían estar en mitad de una acalorada discusión.

Leith y Colin fueron los primeros en apartarse y enfrentarse a Gavin.

–¿Acaso alojás a una fugitiva ahí dentro? –preguntó Leith sin más preámbulos.

Gavin arrugó el gesto.

–¿Fugitiva? –sacudió la cabeza, sin comprender a qué se refería su hermano–. Hay una chica ahí, cierto, pero no es una fugitiva... Ella es... –se le trabó la lengua buscando una explicación, sin saber muy bien qué era ella para él, aunque quisiera llamarla su esposa. Salvo que no lo era, y sus hermanos lo sabían mejor que nadie–. Ella es...

–¡Yo os diré lo que es! ¡Es mi prisionera! –exclamó David de inmediato. Urgió a su caballo hacia delante, con la mano preparada sobre la empuñadura de su espada. Sus hombres se colocaron junto a él como si se prepararan para protegerlo.

Se estaba cocinando una lucha.

Gavin se percató de que Montgomerie y sus hombres mantenían la distancia por el momento y observaban el desarrollo de los acontecimientos sin revelar sus intenciones. Ahora llegaba el momento de la verdad. ¿Traicionaría Montgomerie a su señor feudal por la sangre? ¿Dónde residía su verdadera lealtad? ¿Con la hermana de Gavin y los Brodie? ¿O con su inglesito que adoraba ser el pelele del rey?

El caballo de Iain MacKinnon dio un paso hacia delante, llevando al jinete sin demasiada prisa, pues cada paso reafirmaba el lenguaje corporal de su amo.

–La chica iba a convertirse en guarda de la corte inglesa –dijo con voz queda, aunque no con timidez. Su voz grave infundía respeto, y en vez de elevar el volumen para superponerse a ella, todos los demás se quedaron en silencio para escuchar lo que tenía que decir–. ¿Acaso no teníais constancia de ello? –le preguntó a Gavin, que negó con la cabeza.

–No, pero la mujer que hay ahí dentro está bajo mi protección –le contestó a MacKinnon–. No os la entregaré sin luchar por ella.

MacKinnon lo observó con curiosidad.

–¿Asumo pues que habéis renunciado a vuestra fe, predicador?

Gavin volvió a sacudir la cabeza.

–Al contrario –le rebatió–. Acabo de encontrarla, pero no está ni aquí ni allí. ¡Esa mujer de ahí dentro es mi futura esposa!

–¿Futura esposa? –gritaron Leith y Colin de golpe.

–¿Futura esposa? –repitió Broc, que pareció atragantarse con las palabras.

Los ojos de Montgomerie se abrieron de par en par, incrédulos ante aquella afirmación.

–¡Dios bendito! –exclamó, espoleando a su montura. Comenzó a rodear al grupo de hombres mientras observaba la nueva casa, en especial el tejado–. ¡Caramba, ese sí que es un buen tejado! –añadió de paso como cumplido hacia Gavin, aunque con un tono de lo más extraño.

Gavin asintió, sin saber bien qué decir, pues él no había tomado parte en la construcción del dichoso tejado. Sin embargo, tampoco quería admitir que lo había construido Cat.

–Gracias –contestó un poco después, y acto seguido volvió la mirada hacia la puerta y vio que Cat estaba espiándolos a través de una grieta. Sus líquidos ojos verdes estaban llenos de inquietud. De todas maneras, decidió que aquello era algo demasiado raro para comentarlo con todos los problemas que se estaban acumulando por momentos.

Leith, como si acabara de darse cuenta en aquel mismo instante, le preguntó a su hermano:

–Gavin... ¿por qué narices vas pintado de azul?

–¡Porque su futura esposa es una maldita salvaje! –exclamó David con amargura.

Sus palabras enfurecieron a Gavin, que saltó hacia David, pero Montgomerie maniobró con su caballo para ponerlo entre los dos y frenarlo en seco.

–¡Ya basta de tanta cháchara! –declaró David con impaciencia, y entonces pegó un grito mirando hacia la casa–: ¡Descubríos, muchacha!

Gavin fue hacia la puerta instintivamente, preparado para luchar por la mujer que amaba.

---

Catriona sabía que no iba a poder esconderse para siempre. Ya era hora de dar la cara. Avistó a los hombres del rey David, aquellos que la habían desnudado y atado, y sabía que a la menor oportunidad herirían a Gavin, y ella no consentiría verlo sufrir por su causa.

Ah, Gavin la había presentado como su futura esposa. Cat hizo amago de sonreír, pero el nudo que tenía en la garganta se le hizo más grande.

Deseaba de todo corazón que así fuera.

Se aventuró a salir de la casa, con cierta timidez, se acercó a Gavin y se aferró a su espalda. Él se colocó delante, protegiéndola de la vista de los hombres, pero Cat aún podía verlos por debajo de su axila.

Varios de aquellos hombres, todos extraños para ella, se miraban unos a otros con curiosidad. Uno por uno compartieron alguna clase de mensaje en silencio, pues su lenguaje corporal revelaba algo que ella conocía instintivamente. Sus gestos mudos denotaban una lealtad igual de antigua que el hombre.

—¿Es eso cierto? —preguntó uno de los hombres—. ¿La amáis, hermano?

Gavin se puso recto y echó un brazo hacia atrás para alcanzarla.

—Sí, la amo —afirmó sin dudar.

El hombre que acababa de hablar consultó el asunto con otro, uno que se parecía muchísimo a Gavin, con su mismo cabello rubio y su porte de hombros anchos, salvo que sus ojos eran azules. El mayor de los dos lo había llamado hermano. Catriona tragaba saliva convulsivamente, pues sabía que aquellos momentos serían los que determinaran su destino. Otro de los hombres, el que había hecho un cumplido a su tejado, la miró directamente y le preguntó:

—Y vos, ¿lo amáis?

Catriona asintió como una boba. Le temblaban las piernas. Nunca había estado rodeada de tantos extraños, pero no deshonraría a su hermano o a su gente al acobardarse ante ellos. Cuadró los hombros, consciente de que Gavin no había visto el gesto, y contestó en voz alta para que todos lo oyesen:

—¡Sí, mi corazón reside junto a este hombre!

El rey David aún no había hablado; no había dicho ni una sola palabra desde que ella había aparecido. De pronto, el gentío se separó y dio paso a David. Los caballos la rodearon, la atraparon. Lo único que oía ahora eran voces embotadas.

La voz más grave de todas, la de aquel que había llamado a Gavin "predicador", le preguntó a David:

---

—¿Es esta la chica que andabais buscando, David? ¿Seguro que no os habéis confundido? —sugirió, con un tono que escondía una cierta amenaza—. Al haber pasado tanto tiempo en la corte inglesa, ¿no será que todos los salvajes

somos iguales a vuestro parecer?

David no dijo nada. Y entonces Catriona escuchó una voz que le paró el corazón.

---

Con una veintena de jinetes a su espalda, siete de ellos arqueros, Aidan cabalgó rápidamente por en medio de ellos. Había permanecido escondido, observando, hasta que Catriona salió del interior de la pequeña cabaña. La melena brillante de su hermana era inconfundible. Refulgía como el cobre bajo el sol titilante, incluso pese a estar oculta, como ahora, tras un montón de carne de caballo.

–¡Catriona! –gritó de nuevo.

La vio ponerse de puntillas, intentando mirar por encima de la barrera que habían impuesto entre ella y los hombres de David. Estaba claro que a David lo superaban ya en número, así que le hizo una señal a sus arqueros para que bajasen los arcos.

La montura de David relinchó con nerviosismo bajo su cuerpo, pero Aidan solo le echó un rápido vistazo y reconoció al hombre con el que tenía que hablar. No conocía el aspecto de MacKinnon, pero sabía reconocer a un verdadero líder al verlo.

–¡Iain MacKinnon, descendiente de los hijos de MacAlpin, deseo reunirme en consejo con vos!

MacKinnon espoleó a su caballo para ponerse frente a él, y David se apartó, con la cara desencajada, pero pese a su horda de soldados en alerta, no dijo nada, y Aidan supo instintivamente que había acertado en sus suposiciones.

–Soy Aidan –reveló, apartando la mirada de David y encontrándose con la de Iain–, el último con la sangre de Aed, nieto de Duncan MacAlpin, hermano de Kennet y último de los reyes de Dal Riata.

MacKinnon espoleó ligeramente su montura para que se acercara. Su caballo negro relinchaba, confiado, una confianza que era evidente que compartía con su amo.

–No tengo nada contra vos –se apresuró a decir Aidan–. Pero la mujer a la que retenéis es mi hermana. Si me la devolvéis ahora, saldremos de inmediato hacia el Mounth.

El silencio consiguiente fue tan ensordecedor que ambos se miraron,

evaluándose el uno al otro. Tras un instante, MacKinnon echó un vistazo detrás de él.

–¿Es eso cierto? –preguntó hacia la distancia.

Fue Catriona la que dio un paso adelante, después de salir a trompicones del manto protector de carne equina que le habían impuesto.

–Sí, es cierto: este hombre es mi hermano –le confirmó Cat a MacKinnon.

–¿Y cómo es que habéis llegado tan lejos de vuestro hogar? –preguntó Iain MacKinnon.

---

Cat alzó la mirada hacia el rey David, que de pronto parecía reacio a decir una sola palabra. La chica sopesó las palabras con sensatez, pues sentía que estaba rodeada de demasiado orgullo masculino como para dejaran algún títere con cabeza si decía una palabra equivocada. Mantuvo la cabeza alta y soltó una mentira entre dientes:

–Fui a dar un paseo –afirmó, mirando a su hermano. Entonces encogió ligeramente los hombros, como para quitarle importancia.

Aidan levantó una de sus cejas oscuras. El hermano de Cat era de piel más oscura que ella, con una melena negra como el azabache que le caía por la espalda. Iba pintado con orgullo, vestido de arriba abajo con su indumentaria de guerra y tenía unos astutos ojos negros. Sabía que Cat intentaba evitar un baño de sangre y él le siguió el juego gentilmente.

Entonces MacKinnon se dirigió directamente al rey David:

–¿Y vos qué decís, David? Aún no habéis abierto la boca siquiera... ¿es esta la misma mujer que buscáis?

David la miró de nuevo, parpadeando y frustrado como estaba. Cat fijó la vista en aquel al que llamaban Dùghall, que era al que le había golpeado en la frente para poder escapar. Aquel hombre la fulminó con la mirada un instante, pero no dijo nada, y de hecho, apartó la vista.

A David le llevó un buen rato contestar. Urgió a su caballo hacia delante y fingió echarle un vistazo a Cat; en realidad era un ardid, porque él era el que había ordenado a sus hombres desnudar a la chica para que estuviera menos predispuesta a escapar. Y luego se había comido con los ojos hasta el último centímetro de su cuerpo, aunque para ser justos con él, les había prohibido a sus hombres abusar de ella. El caballo de David hacía cabriolas



de impaciencia mientras él fingía inspeccionarla, y mientras tanto los hombres cerraban más el círculo detrás del señor de los feudos, MacKinnon, un movimiento que David no pasó por alto. En aquel momento, Cat pudo ver con claridad a quién le debía lealtad cada uno. Los hombres de David estaban completamente separados del resto: una panda de jinetes que parecía que fueran a mearse en los pantalones si se decía la palabra equivocada. El consiguiente silencio fue inquebrantable. Y, por fin, el rey de Scotia lo quebrantó:

–No. No conozco a esta mujer, no es la que busco.

Cat exhaló, aliviada. Hubo otro momento de silencio, y entonces MacKinnon preguntó con voz queda, pero repleta de sarcasmo:

–¿Estáis seguro?

–Sí –se reafirmó David, con más convicción y de una vez por todas–. No es la mujer que busco. ¡Vamos! –le ordenó a sus hombres, que emprendieron la marcha de inmediato, pese a que los hombres de MacKinnon, los hermanos Brodie y Montgomerie y sus hombres se quedaron allí.

Una vez asegurado que David no volvería, Aidan se acercó a Cat a lomos de su corcel blanco y le dijo, con sorna:

–La próxima vez que vayas a dar un paseo, mi queridísima Cat, recuérdame que te ponga una correa. Ahora, volvamos a casa.

Cat se notó el corazón a punto de resquebrajarse. Sacudió la cabeza, negándose a moverse.

Gavin ya había tenido más que suficiente. Se abrió camino entre sus hermanos y los hombres de MacKinnon a empujones y se desplazó al frente.

–¡No! ¡No podéis llevárosla! –gritó. Gavin fue dando zancadas hasta ponerse de frente ante el hombre que se había presentado como el hermano de su amada, pero que también hablaba de ponerle una correa. El joven predicador se plantó allí, desafiante, tan furioso que ni siquiera se había dado cuenta de que se le había desabrochado el *breacan*–. Si no oigo de sus propios labios que desea marcharse con vos, tendréis que cortarme en pedazos antes de que os permita apartarla de mi lado –manifestó.

Para el total asombro de Gavin, el hombre comenzó a reírse a carcajadas; se le movían los hombros al hacerlo. Todos sus hombres se unieron. Gavin miró a Cat y se encontró con que ella también sonreía. Se tapaba la boca con una mano y movía las cejas, señalando hacia abajo e indicándole que mirara. Entonces Gavin descubrió que su pito, aún pintado

de azul, se alzaba con atención, como echando un vistazo por entre los pliegues de su *breacan*. Apenas estaba empalmado, pero al haberse enfurecido, parecía que su pito también tenía algo que decir.

–Eso sí que es una buena espada –soltó Colin, carraspeando y mirando de reojo a su hermano.

MacKinnon no podía parar de reír, y Piers tampoco.

–Vaya tela... ¡Gracias a Dios que ninguna de nuestras esposas vio esa monstruosidad antes de ver la nuestra! –recalcó Leith.

Gavin frunció aún más el ceño, pues no le divertía, ni le avergonzaba ni mucho menos le disuadía de su propósito, aunque sí que se tapó el pito con el *breacan*. Se volvió hacia Cat, preocupado tan solo de lo que ella tenía que decir en aquel momento; malditos sus hermanos.

–Quiero oírlo de tus propios labios, Cat. Si me dices que has de partir, yo no me interpondré en tu camino, pero espero que te quedes aquí... conmigo... –insistió.

Cat alzó los ojos, llenos de lágrimas, para encontrarse con los de su hermano. Tras un momento interminable, Aidan asintió, se volvió hacia Gavin y asintió de nuevo, al ver todo aquel amor brillando en los ojos de su hermana. En ese momento, Gavin sintió como si su corazón estuviese a punto de estallar. Ay, si en verdad el amor no era alguna clase de magia, no sabía lo que era. Su querida Cat era de carne y hueso, y aquello lo deleitaba muchísimo más de lo que podía expresar con palabras. Se dejó caer de rodillas y le tendió una mano para que la tomara entre las suyas.

–Sé mi esposa, pero de verdad –le rogó a Cat, y ella se acercó sin vacilar y lo abrazó entre su pecho.

–Por lo que veo, se avecina otra celebración –declaró MacKinnon, que había recuperado el sentido del humor.

–Sí, y yo sé de dónde sacaremos el *whiskie* –apuntó Colin, seguido de una sonrisa y un guiño, y entonces le hizo una señal a Aidan y a sus hombres para que bajasen de los caballos y les siguieran al interior del bosque. Piers y sus hombres los acompañaron, pero no sin que antes Piers se acercara a darle unas palmadas a Gavin en la espalda y le hiciera un cumplido sobre su buenísimo tejido.

Ni Gavin ni Cat escucharon una sola palabra de lo que dijeron. Gavin la besó apasionadamente mientras le susurraba promesas de travesuras al oído: todo lo que estaba planeando hacer con ella en el mismo instante en que se

volvieran a quedar solos.

Entonces Gavin comprendió de repente que la fe lo había puesto en la puerta aquel día y que la fe lo había traído hasta ese mismo momento. Puede que no entendiera exactamente aquello que estaba buscando, pero seguro que alguien ahí fuera sí lo sabía...

En las lindes del bosque, observando a la panda de hombres aproximarse con el *whiskie* en la cabeza y la risa en los corazones, al menos seis pares de ojos gatunos parpadearon al unísono... Y a la luz del atardecer, si observabas con detenimiento, parecía que estaban sonriendo...

Entonces, se escabulleron juntos entre los árboles, dejando tras ellos un rastro de libélulas bailarinas que parpadeaban al despertar.

---

*¿Quieres saber más acerca de Aidan y Cat?*

*Sigue leyendo para saber más sobre EL FUEGO DE LAS TIERRAS ALTAS, el Libro Primero de los Guardianes de las Piedras.*

## Epílogo

Durante años he recibido cartas de lectores que han disfrutado mucho de esta serie y de los héroes y heroínas que forman parte de ella. *Canción de las Tierras Altas* es tanto el final de *Novias de las Tierras Altas* como el principio de una nueva serie histórica. Si te encantaron los personajes de *Novias de las Tierras Altas*, ahora podrás seguirlos en un mundo más rico y amplio que recupera algunos de tus personajes favoritos y te presenta otros nuevos.

*Fuego de las Tierras Altas* es la historia de Aidan dún Scoti. Si estás leyendo esta nota, ya has conocido a Aidan en *Canción de las Tierras Altas*. El año es 1125. Hace mucho que los pictos desaparecieron, relegados a los anales de la historia, pero uno de los clanes no quiere olvidar las antiguas costumbres tan fácilmente. Tras la muerte del rey Aed en el año 878, huyeron hacia las montañas, llevándose consigo la verdadera Piedra del Destino, que allí permaneció... a la espera de que surgiera un digno rey.

Durante dos siglos, el pueblo de Aidan ha custodiado el secreto mejor guardado en las profundidades del Mounth, una tosca cadena de colinas en la frontera sur de Strathdee, en el noroeste de Escocia. Es un paisaje inclemente y su gente se encuentra anclada en las tradiciones del pasado, como pintarse con el mismo añil de sus ancestros en memoria a sus orígenes nobles. Ellos son los últimos de "los pintados", los guardianes de la Piedra.

Ahora comienza una lucha por el poder. Las tribus de las Tierras Altas están separadas. David Ceann Mór, un conspirador inglés, ha reclamado el trono de Scotia, pero solo un rey digno puede poseer la piedra que tiene el poder de unir a los clanes de las Tierras Altas. Lileas MacLaren, repudiada al nacer por el pueblo de Aidan debido a los pecados de su padre, es la única mujer a la que Aidan se cree inmune... aunque también es la única mujer que, tras haber sido ofrecida en matrimonio como supuesto regalo de paz, puede traicionar el secreto de su clan y conducirlos a la guerra. *Fuego de las Tierras Altas*, una novela rica en historia y sabiduría popular, con un toque de magia, da vida a una leyenda.

Si aún no has leído *Novias de las Tierras Altas*, querrás empezar con el Libro Primero, *La esposa de MacKinnon*, seguido de *El presente de Lyon*, *De rodillas* y *Corazón de León*. Si ya has leído todos estos maravillosos libros, pasa la página para ver un anticipo gratuito de *Fuego de las Tierras Altas*.

## Sobre la autora



Nacida en Rota, España, Tanya Anne Crosby vive ahora en los Estados Unidos con su marido y sus dos hijos. Las novelas de Tanya han cosechado numerosos *bestsellers*, incluidos en varias ocasiones en las listas del *New York Times* y del *USA Today*. Estas, conocidas principalmente por sus historias cargadas

de humor y emociones a flor de piel y repletas de personajes imperfectos, han obtenido reconocimiento y unas críticas brillantes. La autora reside con su marido, dos perros y dos gatos malhumorados en el norte de Michigan.

*Mas información:*

- [@tanyaannecrosby](#)
- [tanyaannecrosby](#)

[www.tanyaannecrosby.com](http://www.tanyaannecrosby.com)  
[tanya@tanyaannecrosby.com](mailto:tanya@tanyaannecrosby.com)